

# EL BASILISCO

Revista de materialismo filosófico

---

Nº 45 (2015), páginas 47-69

José Manuel Rodríguez Pardo

Fundación Gustavo Bueno – ORCID 0000-0003-3994-2348

## El Destino Manifiesto como ortograma imperial de Estados Unidos

### Resumen:

Como afirmó Gustavo Bueno en su obra *España frente a Europa* en 1999, la categoría de Imperio llegó a ser un tabú a nivel académico y coloquial. Sin embargo, la historiografía más actual ha recuperado la importancia del Imperio para comprender la Historia Universal, especialmente en nuestro presente con el Imperio realmente existente, Estados Unidos, y su idea del Destino Manifiesto, objeto del análisis de este trabajo.

**Palabras clave:** Destino Manifiesto, Estados Unidos, imperio, política, guerra

---

### Abstract:

As Gustavo Bueno said in his work *España frente a Europa* in 1999, the category of Empire became a tabu in academic and informal level. But most recently historiography have remarked the importance of the Empire for understanding the Universal History, especially in our present with the Empire actually existing, the United States of America, and its idea of Manifest Destiny, the object of analysis of this work.

**Keywords:** Manifest Destiny, United States, empire, Politics, war





## EL BASILISCO

### Fundador

Gustavo Bueno

### Director

Gustavo Bueno Sánchez  
(Universidad de Oviedo)

### Secretaría de Redacción

Raúl Angulo Díaz  
(Fundación Gustavo Bueno)

### Consejo de Redacción

Jesús G. Maestro  
(Universidad de Vigo)

José Arturo Herrera Melo  
(Universidad Veracruzana, México)

Patricio Peñalver  
(Universidad de Murcia)

Elena Ronzón  
(Universidad de Oviedo)

Pedro Santana  
(Universidad de La Rioja)

Todos los artículos publicados en esta revista han sido informados por miembros del Consejo de Redacción

Revista evaluada por pares

EL BASILISCO se publica con periodicidad semestral.

Fundación Gustavo Bueno  
Avenida de Galicia, 31  
33005 Oviedo (España)

<http://www.fgbueno.es/basilisco@fgbueno.es>

© Fundación Gustavo Bueno  
ISSN: 0210-0088

Diseño: Piérides C&S  
Composición: PERMESO S.L.  
Imprime: Hifer Artes Gráficas  
Depósito Legal: O-343-78

# EL BASILISCO

Revista de materialismo filosófico

Número 45  
julio-diciembre 2015

## INDICE

### Artículos

**Carlos M. Madrid Casado**

*Estadística, eugenesia y fundamentalismo científico / 5*

**José Luis Pozo Fajarnés**

*Fundamentalismos ejercitados y fundamentalismos representados en la Carta Encíclica Pascendi Dominici Gregis de San Pío X / 33*

**José Manuel Rodríguez Pardo**

*El Destino Manifiesto como ortograma imperial de Estados Unidos / 47*

### Reseñas / 71

## NORMAS PARA LA PRESENTACIÓN DE ORIGINALES

*El Basilisco, revista de materialismo filosófico*, considera para su publicación todos aquellos trabajos, relacionados con su temática y secciones, que le sean remitidos con este fin: artículos, notas, crítica de libros, noticias, &c.

1. Los trabajos se enviarán en versión electrónica de texto, junto con una carta del autor en la que ofrezca su original para ser publicado en EL BASILISCO, y confirme que el trabajo es inédito y no se encuentra sometido simultáneamente a examen por otra revista o publicación, así como cuantas circunstancias puedan parecer pertinentes a los efectos de su evaluación (incluyendo una breve referencia personal del autor, que incluya el año de nacimiento y sus datos biográficos y profesionales más relevantes). Todos los envíos deben hacerse, por correo electrónico o postal a la dirección abajo indicada. Se acusa recibo de oficio de todos los originales que son enviados a la revista.

2. Los trabajos deben estar escritos en español y ser inéditos. No se aceptan trabajos publicados anteriormente, que hayan sido enviados al mismo tiempo a otra revista o se encuentren en curso de publicación. Cada original debe incluir el título del trabajo (que será conciso e informará al lector del contenido esencial del texto); el nombre del autor, en su caso la institución a la que pertenece o en la que desarrolla actividades docentes o investigadoras, un resumen informativo del texto en español y en inglés (que no exceda las 150 palabras cada uno), un conjunto de palabras clave o keywords en español y en inglés (entre cuatro y siete), el texto principal, las notas y la bibliografía (si procede). Si el original contiene tablas, cuadros o ilustraciones, se presentarán por separado (indicando en el texto el lugar donde deben insertarse). Las notas llevarán numeración correlativa y se presentarán juntas al final del texto. Dado que los originales son evaluados anónimamente, se aconseja que los autores no se identifiquen en el propio texto.

3. Rogamos a los autores atiendan estas sugerencias tipográficas: [fgbueno.es/edi/basnor2.htm](http://fgbueno.es/edi/basnor2.htm)

4. Los originales se someten a un sistema anónimo de evaluación por pares de especialistas externos (*peer to peer review*). Posteriormente se decide si procede o no su publicación, notificándose a los autores en el menor plazo posible. La aceptación final estará condicionada a la revisión e incorporación de las correcciones contenidas en los informes de evaluación.

### Correspondencia

EL BASILISCO, Apartado 360

33080 Oviedo (España)

Teléfono: [34] 985 245 857

Fax: [34] 985 245 649

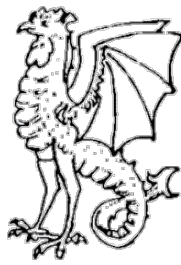
Correo electrónico: [basilisco@fgbueno.es](mailto:basilisco@fgbueno.es)

### Suscripciones

Particulares: 50 €/año

Instituciones: 60 €/año





# El Destino Manifiesto como ortograma imperial de Estados Unidos

José Manuel Rodríguez Pardo

Fundación Gustavo Bueno

ORCID 0000-0003-3994-2348

---

## § 0. Prefacio

---

Durante los días 8 y 9 de Octubre del año 2012, tuve la ocasión de impartir, en la Escuela de Filosofía de Oviedo de la Fundación Gustavo Bueno, cuatro lecciones dedicadas a la temática *Estados Unidos: ¿Imperio generador o depredador?*, tratando en la lección segunda sobre uno de los temas clave en la concepción norteamericana del Imperio, el Destino Manifiesto. Posteriormente intenté profundizar sobre el particular enviando a diversas publicaciones, en las que había colaborado previamente sin ningún problema, varios trabajos donde se exponían las líneas básicas de mis lecciones de 2012. Sin embargo, sólo la Fundación Gustavo Bueno mantuvo el interés por este tema, tan decisivo a la hora de entender no sólo una parte importante de la Historia Universal sino nuestro presente más inmediato.

Así fue que el 12 de Enero de 2015, en el mismo marco de la Escuela de Filosofía de Oviedo, tuve la ocasión de hablar precisamente de «El Destino Manifiesto como ortograma imperial de Estados Unidos», donde profundizaba en esta idea tan importante para comprender la trayectoria imperial de Estados Unidos, desde sus orígenes coloniales hasta nuestro más inmediato presente. A la luz de mis investigaciones, tal pareciera que la Historia de los Estados Unidos sea la del Destino Manifiesto, y es objeto de este trabajo probarlo de forma consistente.

---

## § 1. Introducción. Novedoso prestigio de la Idea de Imperio en la historiografía contemporánea

---

En *España frente a Europa*, Gustavo Bueno dedica un epígrafe a destacar una cuestión de hecho: el «Mínimo prestigio del término “Imperio” en el presente y prestigio máximo del término “nación”»<sup>1</sup>. Es sin duda un hecho que el concepto de Imperio ha estado proscrito tanto a nivel académico como coloquial hasta hace muy poco tiempo, sobre todo desde la ideología de los movimientos de liberación nacional que denostaba el «imperialismo», tan habitual durante la Guerra Fría.

Sin embargo, tras esta constatación se pudo comprobar en años sucesivos que una serie considerable de libros salieron a la luz tratando la problemática de los imperios, ya no sólo desde una perspectiva histórica, como si se tratase de algo ya pasado o una *pars pudenda* en el sentido que señala Gustavo Bueno, sino como constatación de la realidad positiva, la de los imperios realmente existentes que han operado y operan aún hoy día en nuestro mundo. Así, al libro de Antonio Negri y Michael Hardt, *Imperio*<sup>2</sup>, se suman el del periodista norteamericano Robert Kaplan, *Viaje al futuro del Imperio*<sup>3</sup>, dedicado a analizar el presente y el porvenir del imperio norteamericano, y también el del historiador

---

(1) Gustavo Bueno, *España frente a Europa*. Alba Editorial, Barcelona 1999, págs. 173-174.

(2) Paidós, Buenos Aires 2000.

(3) Ediciones B, Barcelona 1999.

británico Henry Kamen, *Imperio*<sup>4</sup>, dedicado a analizar de manera un tanto extravagante la trayectoria del Imperio Español. Tampoco podemos olvidar, porque toma como referencia al materialismo filosófico, el libro del argentino Ricardo Veisaga, *Imperios e Historia* (2011)<sup>5</sup>.

En la actualidad, parecen ya normales los estudios historiográficos sobre el papel de los imperios en la Historia Universal, incidiendo especialmente en los de nuestro presente. A este respecto, son especialmente interesantes dos: el del historiador británico John Darwin, *El sueño del Imperio* (2007)<sup>6</sup> y el libro resultado de un grupo de investigación liderado por los historiadores norteamericanos Jane Burbank y Frederick Cooper, *Imperios* (2010)<sup>7</sup>. En ambos encontramos una pretensión muy ambiciosa: rastrear las trayectorias imperiales de toda la Historia Universal y todos los lugares del mundo, no sólo de la estereotipada Europa, descartando la idea de que la Historia sea regida por tópicos tales como la «aparición del Estado» en la Edad Moderna, la Paz de Westfalia de 1648 o las revoluciones francesa y norteamericana. Con buen criterio, Burbank y Cooper observan que la idea de la modernidad europea y las naciones modernas son anacrónicas para hablar de los imperios; su estudio

«rompe en concreto con las teorías sobre la nación, la modernidad y Europa para explicar el curso de la historia. Este libro es un ensayo interpretativo, basado en el análisis de unos cuantos escenarios históricos que hemos seleccionado. Cuenta cómo el poder imperial —y las contiendas surgidas en su seno, al igual que las luchas por hacerse con él— ha venido configurando sociedades y estados durante miles de años, ha inspirado la ambición y la imaginación y ha abierto y cerrado infinidad de posibilidades políticas»<sup>8</sup>.

Los autores definen como imperios a «grandes unidades políticas, son expansionistas o tienen nostalgia de expansión territorial, son gobiernos estatales que mantienen las diferencias y las jerarquías a medida que van incorporando otros pueblos». La nación-estado se basa en la idea de un único pueblo en un solo territorio, basada en la proclamación de la igualdad de sus habitantes, «mientras que el imperio-estado declara la desigualdad de un sinfín de pueblos». Así, el imperio «presupone que los diferentes pueblos que forman el Estado serán gobernados también de manera diferente»<sup>9</sup>.

Su planteamiento no reduce los estados importantes a los imperios, sino que afirma que los imperios han condicionado buena parte de la Historia Universal y las interacciones entre los diferentes pueblos: «Los estados grandes y pequeños, los grupos rebeldes y leales, así como los que apenas mostraban interés por la política, todos tuvieron que tener en cuenta a los imperios, sus maneras de gobernar y sus rivalidades»<sup>10</sup>. Unos imperios basados en la ambición, la voluntad de poder, lo que en términos clásicos se conoce como *conatus* o *hybris*: «Mientras sigan existiendo la diversidad y la ambición política, será siempre muy tentadora la idea de crear un imperio, y como los imperios perpetúan diferencia e inclusión conjuntamente, habrá siempre la posibilidad de que se desmoronen»<sup>11</sup>.

O, como señala John Darwin, la «propensión de las comunidades humanas ha sido la acumulación de poder a gran escala: la construcción de imperios», y puesto que los fundamentos étnicos han sido insuficientes para construir comunidades políticas autónomas, «a lo largo de la historia, los imperios (donde diferentes comunidades étnicas tienen un mismo gobernante) han sido la forma política de organización por defecto. El poder imperial ha sido más la norma que la excepción»<sup>12</sup>. El imperio sería así consecuencia de la desmesurada *hybris* de determinados políticos, empeñados en embarcar a sus gobernados en la conquista de nuevos territorios.

Siguiendo este hilo conductor, las diferencias entre imperios se presentarán según las maneras de «imperar» de ese *conatus*. A todas las posibles variantes históricas para dominar de los imperios las denominan los autores de *Imperios* «repertorios imperiales», esto es, formas de dominación de otros pueblos:

«Muchos han usado la diferencia como instrumento de dominación, asegurándose de que los vínculos de las élites y de los distintos grupos con el soberano fueran más fuertes que los lazos que unían a los súbditos imperiales entre sí. Otros imperios se han esforzado por imponer la uniformidad entre sus miembros y han desterrado o denigrado a los diversos. Los imperios han mezclado y modificado esas estrategias; la capacidad de aplicar distintas tácticas a distintos sectores de su población quizá sea una clave de su resistencia política»<sup>13</sup>.

Esta peculiar dialéctica entre homogeneización y diferenciación ha marcado, según Burbank y Cooper, a los imperios, lo que genera inevitables conflictos, puesto que los imperios son «grandes estados expansionistas que incorporan, a la vez que diferencian, a sus individuos»<sup>14</sup>. El planteamiento histórico-comparativo de Burbank y Cooper es deudor de las

(4) Aguilar, Madrid 2003.

(5) Ricardo Veisaga, *Imperios e Historia*. Trafford, Indiana 2011.

(6) John Darwin, *After Tamerlane. The Rise and Fall of Global Empires, 1400-2000*. Penguin Books, London 2007. La edición española es: *El sueño del imperio. Auge y caída de las potencias globales, 1400-2000*. Taurus, Madrid 2012.

(7) Jane Burbank y Frederick Cooper, *Empires in World History: Power and the Politics of Difference*. Princeton University Press, Princeton 2010. La edición española es: *Imperios. Una nueva visión de la Historia Universal*. Crítica, Barcelona 2011.

(8) Jane Burbank y Frederick Cooper, *Imperios*, pág. 23.

(9) *Ibid.*, pág. 23.

(10) *Ibid.*, pág. 17.

(11) *Ibid.*, pág. 24.

(12) John Darwin, *El sueño del imperio*, pág. 45.

(13) Jane Burbank y Frederick Cooper, *op. cit.*, pág. 617.

(14) *Ibid.*, pág. 26.

premisas de Darwin (a quien citan en la bibliografía de su obra), especialmente en su papel de Eurasia como centro alrededor del que giran los imperios (que a su vez depende de forma clara de la Geopolítica de Halford Mackinder, que analizaremos más adelante), comienza sin embargo mucho antes de la muerte de Tamerlán (que supone el inicio del libro de Darwin), el primer gobernante que intenta unificar Eurasia a comienzos del siglo XV, en 1405<sup>15</sup>: con el Imperio Romano y la China de los Qing, en el siglo III Antes de Cristo, para luego seguir con su estrategia comparativa entre Bizancio y el islamismo medieval junto a otros imperios, los imperios atlánticos de la «Modernidad», Rusia en diversas épocas (de la altomedieval de los *Rus* hasta prácticamente la actualidad), la denominada por Eric Hosbawn «época del imperio» o del colonialismo, y finalmente llegar a la URSS y a la China comunista actual, presentada como renovación de la vieja tradición imperial xinófila, comparadas con los actuales Estados Unidos.

Sin embargo, los postulados de estos autores (especialmente Burbank y Cooper, mucho menos Darwin), que apelan a la *hybris* como motor de los imperios y por lo tanto reducen los proyectos imperiales, desarrollados a la escala de varias centurias a una mera cuestión de «imaginación política»<sup>16</sup> [sic] o de «repertorios imperiales», resulta un reduccionismo bastante pobre, que recuerda a aquella famosa sentencia de Hobson sobre el imperialismo como «una forma depravada de la vida nacional». Esta *hybris* o voluntad de poder imperial es una acepción de Imperio considerada como facultad subjetiva del emperador y a lo sumo de su radio de acción política<sup>17</sup>. Unos postulados ciertamente míseros y que, pese a que por momentos parecen coordinables con los del materialismo filosófico y su definición no ya diapolítica<sup>18</sup> sino metapolítica de Imperio<sup>19</sup>, denotan una falta de concreción preocupante.

Desde la perspectiva del materialismo filosófico, bien sabemos que la Idea filosófica de Imperio es crucial para entender la Historia Universal, puesto que, como señala Gustavo Bueno, «La Historia Universal es la Historia de los Imperios Universales»<sup>20</sup>. Sin embargo, tales imperios no pueden reducirse a una apropiación meramente subjetiva como atribución de un emperador tal que un líder tribal o algo similar. Desde el materialismo filosófico es fundamental presentar una alternativa más potente y mostrar su «validez ecológica» a la hora de analizar la trayectoria del Imperio realmente existente, los Estados Unidos del Norte de América.

---

## § 2. Cuestiones metodológicas. Los *principia media* de la Filosofía Política

---

Muchas son las alternativas planteadas para definir las sociedades políticas y sus relaciones entre sí. Descartada la Idea de la Humanidad como una plataforma efectiva para estudiar las relaciones políticas, como principio general, *lisológico* (*dictum de omni, dictum de nullo*), hay que partir de principios dados «en las cosas mismas», principios medios, *morfológicos*, que permitan la reconstrucción de las sociedades políticas<sup>21</sup>. Y éstos no pueden ser otros que los Estados realmente existentes, las sociedades políticas efectivas, una vez constatado que los modos de producción no explican ni fasifican la Historia Universal<sup>22</sup>, ni tampoco la fabulosa *aldea global* que desde la ideología oficial de la globalización se defiende, un mundo donde las fronteras parecen haber desaparecido y se defiende la interconexión de todo con todo a través de artefactos como la televisión formal<sup>23</sup>.

Las sociedades políticas, los Estados, siguen existiendo y siendo imprescindibles a la hora de hablar de la política. Siguiendo los cánones del materialismo filosófico, entenderemos que el núcleo de toda sociedad política es la *eutaxia*. «Si llamamos *poder* (político) a la capacidad de esa parte o partes para influir o causar en las demás partes la ejecución de las operaciones precisas para orientarse según sus prólepsis (por tanto, no para «influir» genéricamente en un plano etológico) y llamamos *eutaxia* a la unidad global (con la connotación de «buena constitución») que pueda resultar de esa calculada conformación de la convergencia (*distaxia* será pérdida, en distinto grado, de *eutaxia*) nos aproximaremos a la idea de *núcleo* de la sociedad política representándonoslo como el mismo proceso por el cual una parte (la parte directora o dominante, o las partes co-directoras) pone en marcha y hace girar en su tomo, como un remolino, a todas las otras partes de las diferentes *capas* del cuerpo de la sociedad que se reorganiza»<sup>24</sup>.

---

(21) Gustavo Bueno, *Principios de una teoría política filosófica materialista* (15 febrero 1995). 1, §. 2. Disponible en <http://filosofia.org/mon/cub/dt001.htm>. Fecha de la última consulta: 16 de Octubre de 2015.

(22) Como afirma Bueno respondiendo a la crítica realizada por Juan Bautista Fuentes a su libro *España frente a Europa*: «La situación “atrasada” de España quedaba explicada mediante su “medievalización”. Pero esto ¿no es tanto como confundir las categorías historiográficas con las categorías históricas? El “modo de producción capitalista” en abstracto no explica la morfología histórica. El capitalismo no se enfrenta en el tablero de la *Realpolitik* con el imperialismo español, como un modo de producción moderno a otro medieval, sino como un imperio a otro imperio». Gustavo Bueno, «Dialéctica de clases y dialéctica de estados», *El Basilisco*, nº 30 (2001), págs. 86-87.

(23) Gustavo Bueno, *La vuelta a la caverna. Terrorismo, Guerra y Globalización*. Ediciones B, Barcelona 2004, págs. 236-237.

(24) Gustavo Bueno, *Primer ensayo sobre las categorías de las «ciencias políticas»*. Biblioteca Riojana, Logroño 1991, pág. 180.

---

(15) John Darwin, *op. cit.*, pág. 26.

(16) Jane Burbank y Frederick Cooper, *op. cit.*, pág. 26.

(17) Gustavo Bueno, *España frente a Europa*, págs. 183-188.

(18) Gustavo Bueno, *op. cit.*, págs. 189-195.

(19) Gustavo Bueno, *op. cit.*, págs. 195-202.

(20) Gustavo Bueno, *España frente a Europa*, pág. 212.

Por lo tanto, una sociedad política para ser digna de tal nombre ha de ser eutáxica, durar en el tiempo, tomando como escala de esa duración las centurias, en relación al Imperio Romano: «En este sentido, la eutaxia encuentra su mejor medida, si se trata como magnitud, en la duración. Cabe pensar en un sistema político dotado de un alto grado de eutaxia pero fundamentalmente injusto desde el punto de vista moral, si es que los subditos se han identificado con el régimen, porque se les ha administrado algún “opio del pueblo” o por otros motivos»<sup>25</sup>.

No obstante, los Estados existentes en la Historia Universal no se mantienen en un equilibrio perfecto, puesto que hay determinadas sociedades políticas que han intentado reorganizar al resto del Género Humano: hablamos, como ya hemos visto<sup>26</sup>, de los Imperios. También hay que considerar, a partir del *núcleo* generador de la sociedad política como confluencia de sociedades prepolíticas, un *curso* de la sociedad política, donde se distinguirán tres fases:

- Una *fase primaria* o de formación de las primeras sociedades políticas producto de la anamorfosis de sociedades naturales previas, bien formando *uniarquías*, en el sentido de los primeros estados, las sociedades «despóticas», o bien *protoestados*<sup>27</sup>; sociedades políticas donde sus respectivas fronteras o capas corticales no están perfectamente delimitadas (por ejemplo, las sociedades precolombinas, como los imperios inca y azteca, cuyos núcleos alrededor de Tenochtitlan o Cuzco estaban rodeados de un conjunto de tribus a las que depredaban y esquilaban vía canibalismo; de hecho Hernán Cortés o Francisco Pizarro no pudieron ser «invasores» de esos imperios puesto que ni siquiera poseían unos puestos fronterizos que delimitasen sus respectivos territorios).

- Una *fase secundaria*, la de los Estados realmente existentes que se encuentran relacionados en diversas formas de codeterminación; son los estados cerrados como tales, con sus tres capas (los estados «esféricos», ya sea en la forma de codeterminación parcial (con bárbaros) o de codeterminación total (todo el mundo recubierto de estados, la sociedad de Naciones).

- Una *fase terciaria* o *postestatal*, que sugiere una doble alternativa: bien *aestatal*, la de la destrucción o extinción del Estado postulada por anarquistas y marxistas respectivamente, una forma «analítica» de desintegración, bien *supraestatal*, en una dirección «sintética», de una «integración acumulativa de ligas, bloques, mercados, federaciones, en los cuales los Estados del presente irían cediendo o perdiendo partes de su soberanía para transferírselas al Estado común; y este proceso de integración culminaría, en su límite, en una confederación internacional de estados o en un Estado único internacional». En conclusión, la desaparición de

la fase *secundaria*, de una sociedad humana dividida en diferentes Estados. Sin embargo, tales alternativas *supraestatal* y *aestatal* no serían más que refluencias de las fases anteriores: bien, en el caso de la primera, una *uniarquía* o jefatura universal al estilo de las primeras sociedades estatales, bien una sociedad preestatal en el caso de la segunda<sup>28</sup>.

La fase *postestatal* también puede incluir la persistencia de los Estados, pero con estructuras transestatales desarrolladas en ellos, que desbordan a los estados de la segunda fase, ya sean multinacionales, partidos políticos, tribunales internacionales, &c; instituciones que, sin disponer de aparatos coactivos autónomos pueden ejercer control coactivo sobre otros Estados, cuyos «hilos» «comenzarían a presentar la apariencia de una red con circulación energética e informática propia, una especie de sistema nervioso y vascular que iría poco a poco envolviendo a los Estados hasta perforar la capa impermeable constituida por la corteza de los «Estados esféricos» de la segunda fase. Otra vez, probablemente, esta alternativa evolucionaría hacia la fase *supraestatal*»<sup>29</sup>.

Un ejemplo de agrupaciones supraestatales muy reciente es el de las «civilizaciones» concebidas por Samuel Huntington, donde el ideal es precisamente el equilibrio entre estas unidades claramente diferenciadas. Enumeradas las civilizaciones (occidental, latinoamericana, confuciana, ortodoxa, islámica, hindú, africana y budista<sup>30</sup>), Huntington prescribe la limitación de la guerra a un mero conflicto intercivilizatorio (por ejemplo, en el entorno del dominio de la civilización «europea», pero nunca atacando a ningún Estado de la civilización «confuciana», léase Corea del Norte por señalar un caso concreto)<sup>31</sup>.

Sin embargo, mucho antes (de hecho, Huntington bebe de sus fuentes, y los citados historiadores John Darwin, Jane Burbank y Frederick Cooper también, como hemos señalado), ya en la Europa decimonónica, y concretamente dentro del mundo anglosajón, surgió una disciplina que pareció encontrar la clave para comprender las agrupaciones supraestatales, hoy especialmente pujante: la Geopolítica. Suele considerarse su fundador (aunque con precedentes en Friedrich List o Friedrich Ratzel) al geógrafo británico Sir Halford J. Mackinder

(28) *Ibid.*, págs. 256-268.

(29) *Ibid.*, pág. 269.

(30) Samuel P. Huntington, *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*. Paidós, Barcelona 1997, págs. 50-54.

(31) Samuel P. Huntington, en *El choque de civilizaciones*, págs. 374-379, supone el caso de un conflicto intercivilizatorio entre EEUU y China, de cuyo resultado saldría fortalecido el sur mundial, las civilizaciones latinoamericana y estados como Indonesia toman posiciones dentro de su civilización. Así, en la pág. 381 propone un equilibrio de poderes simbolizado por el reparto de puestos permanentes en la ONU: «En un mundo multicivilizatorio, lo ideal sería que cada gran civilización tuviera al menos un puesto permanente en el Consejo de Seguridad. [...] Así, siete civilizaciones tendrían cada una un puesto permanente, y Occidente tendría dos, un reparto que en general responde a la distribución de la población, la riqueza y el poder en el mundo».

(25) Gustavo Bueno, *op. cit.*, pág. 182.

(26) Gustavo Bueno, *España frente a Europa*, pág. 212.

(27) Gustavo Bueno, *Primer ensayo...*, pág. 243.



(1861-1947), quien en su obra «The Geographical Pivot of History» del año 1904, pero curiosamente publicada como libro el año 1919, cuando se aprobó el Tratado de Versalles que ponía fin a la Primera Guerra Mundial, ofrece una perspectiva donde el centro de la Historia Universal se encuentra en la región de Asia Central, el corazón continental del continente euroasiático (el «Continente Isla» o «Isla Mundial», tomando casi literalmente el *ecúmene* de Ptolomeo, previo al descubrimiento de América, como canon geográfico) y pivote de los grandes imperios por disponer de sus propias «arterias naturales» (los valles fluviales). La lucha secular se definiría entre aquellos Estados que disponen de salida al mar y las potencias centrales que buscan encontrar esa salida hacia mares preferentemente cálidos (el Mar Mediterráneo, el Océano Pacífico, &c.).

Siguiendo este canon, como la Primera Guerra Mundial habría surgido producto de la lucha de las potencias centrales (Alemania, Austria-Hungría, Rusia) por encontrar salida al mar, la solución para frenar esta belicosa actividad de tales imperios sería la descomposición de estas «potencias centrales» en pequeños estados, al modo de un «cinturón envolvente» calcada de sus propuestas que tuvo lugar en el Tratado de Versalles. Como señala Robert Kaplan en su reciente libro *La venganza de la Geografía*, Mackinder defendía que «si estos Estados de reciente soberanía lograban sobrevivir, entonces existía la posibilidad del nacimiento de una Europa Central, tanto en un sentido espiritual como geopolítico. Mackinder fue incluso más allá y propuso una serie de Estados al este, por así decirlo, de Europa oriental: Rusia Blanca (Bielorrusia), Ucrania, Georgia, Armenia, Azerbaiyán y Daguestán, para desbaratar los proyectos de la Rusia bolchevique, a la que llamaba “reino zarista jacobino”. En realidad, con la disolución de la Unión Soviética en 1991 surgiría un conjunto de Estados independientes sorprendentemente similar al que Mackinder había propuesto»<sup>32</sup>.

De hecho, el famoso argumento de Mackinder, «Quien domine Europa oriental, gobernará el corazón continental. Quien domine el corazón continental, gobernará la Isla Mundial. Quien domine la Isla Mundial, gobernará el mundo»<sup>33</sup>, parece tomar su verdadero sentido en una época como la actual, una vez que se ha producido no sólo el descubrimiento de América sino que se han desarrollado sus principales virtualidades: los viajes interoceánicos y la comunicación inmediata a través de las tecnologías de la información y la comunicación.

De otro modo, tomar literalmente la teoría de Mackinder implicaría una vuelta al *ecúmene* de Ptolomeo,

(32) Robert D. Kaplan, *La venganza de la Geografía. Cómo los mapas condicionan el destino de las naciones*. RBA, Barcelona 2013, págs. 113-114.

(33) Literalmente: «Who rules East Europe commands the Heartland; who rules the Heartland commands the World-Island; who rules the World-Island commands the world». Halford Mackinder, *Democratic Ideals and Reality*, National Defense University Press, Washington 1996, pág. 106.

a un mapa mundi que no incluiría a América o la tomaría como un mero marginal, como una mera redefinición de un sistema más cerrado, mundial, donde ya no hay cabida para expandirse a zonas deshabitadas de Eurasia, Norteamérica o África y sólo cabe esperar una guerra a escala mundial entre imperios, dada la incompatibilidad de las expansiones de los mismos. Algo insinuado por el «realismo político» que Hans Morgenthau encontró en la *Historia de la Guerra del Peloponeso* de Tucídides, donde el mundo es resultado de fuerzas inherentes a la naturaleza humana: el miedo (*phobos*), el interés personal (*kerdos*) y el honor (*doxa*). Es decir, una vuelta a la *hybris* o voluntad de poder señalada por historiadores como los anteriormente mentados Darwin, Burbank o Cooper para explicar el origen de los imperios. Incluso algunos autores seguidores del realismo político de Morgenthau, como McNeill y Hodgson, incluyendo también al propio Mackinder, hablan de la Isla Mundial llamándola *ecúmene*<sup>34</sup>.

Sin embargo, cuando Estados Unidos «aplicó» las ideas de Mackinder a su estrategia geopolítica, ya habían pasado por el tamiz de otro autor, el norteamericano de origen holandés Nicholas J. Spykman, quien en su obra *Estados Unidos frente al mundo*<sup>35</sup> rectifica a Mackinder: quien tiene el poder no es quien controla la Gran Isla, sino quien es capaz de rodearla. Así, respecto a Eurasia como zona clave de la geopolítica, Spykman postuló su teoría del anillo continental (*Rimland*), donde no es el bloque central rusoasiático el clave de la Historia Universal, sino las áreas marginales de Eurasia, especialmente sus litorales, donde precisamente Rusia era asfixiada una y otra vez en sus intentos de buscar una salida al mar<sup>36</sup>. De aquí deriva la idea de George Kennan de la «contención» de la Unión Soviética que caracterizó a la política norteamericana durante la Guerra Fría: Polonia, Irán, Afganistán o Vietnam fueron las regiones periféricas de Eurasia donde se libraron las más intensas batallas de este conflicto soterrado entre soviéticos y norteamericanos<sup>37</sup>. Respecto a la posición geográfica norteamericana, Spykman señala asimismo que Estados Unidos, al disponer de doble costa (tanto mirando a Asia como a Europa) domina el hemisferio occidental y especialmente la región del Caribe, su auténtico Mediterráneo, con el Canal de Panamá. Los únicos problemas que podría encontrar el dominio norteamericano estarían en el Cono Sur, Sudamérica, ya que al estar desplazada hacia el Este, es susceptible de aliarse con alguna potencia extranjera (de ahí que Estados Unidos tuviera que frenar la influencia soviética en Sudamérica durante la Guerra Fría)<sup>38</sup>.

(34) Robert D. Kaplan, *op. cit.*, págs. 86-87.

(35) Edición en español en Fondo de Cultura Económica, México 1944.

(36) De hecho, Spykman modifica los versos geopolíticos de Mackinder de la siguiente manera: «Who controls the rimland rules Eurasia; who rules Eurasia controls the destinies of the world». Nicholas J. Spykman, *The Geography of Peace*. Harcourt & Brace, New York 1944, pág. 43.

(37) Robert D. Kaplan, *op. cit.*, págs. 138-139.

(38) Robert D. Kaplan, *op. cit.*, págs. 135 y ss.

Como crítica a estas ideas, hemos de destacar que la Geografía, entendida como clave para comprender la Historia Universal, en el sentido de la Geopolítica de Halford Mackinder, tiene un uso pragmático, de mera arma política (o «arma para la guerra», que diría Ives Lacoste), un elemento ligado a la voluntad de poder del citado realismo político de Hans Morgenthau o Henry Kissinger, tal y como ha sabido ver recientemente Marcelino Suárez Ardura; la Geografía, entendida gnoseológicamente como ciencia humana, es un producto político de los diversos imperios universales, desde el de Alejandro Magno al norteamericano, pasando por supuesto por el Imperio Español, que han ido aumentando los límites del mundo conocido, dejando atrás los estrechos márgenes del *ecúmene* de Ptolomeo del que partieron esas iniciativas de reorganizar a los demás pueblos del mundo. Pero, precisamente en virtud de su ligazón a esos imperios y sus ortogramas metapolíticos, desbordan esa mera funcionalidad política y se convierten en formas efectivas de reorganizar el mundo conocido, esto es, los nombres y fronteras cobran un sentido semántico y sintáctico más allá de su utilidad en la Geopolítica internacional:

«El término geografía política hacía referencia a finales del siglo XX a una geografía humana y económica. La geografía política, en cierta manera, ha seguido la estela iniciada por Ratzel en su *Politische Geographie* de 1897 entendida en el sentido de la geopolítica. [...] Conceptos tales como el de espacio vital (*lebensraum*), interpretado o no desde presupuestos darwinistas sociales, caen claramente en el espacio gnoseológico de las categorías políticas. Las obras de F. Ratzel, O. Maull, H. Mackinder y A. Demangeon serían obras pertenecientes tanto a las categorías políticas como a las geográficas. [...] La geografía política tiene que ver con el Estado, pero no mucho más de lo que tiene que ver cualquier otra disciplina geográfica, de manera que el carácter operatorio (*proléptico*) de la geografía política puede, asimismo, predicarse de la geografía humana. En este sentido, habría que decir que la geografía ha sido siempre un arma para la guerra. [...] El final de la Segunda Guerra Mundial habría apagado la llama de la geopolítica, sobre todo con la fuerza de la guerra fría, pero la geografía (o parageografía) de los estados mayores, como diría Lacoste, seguía ejerciéndola con todas sus consecuencias.

Durante la guerra fría (1945-1991) la geopolítica como estrategia de USA y de la URSS siguió estando activa. Actualmente la geografía política se entiende también como geopolítica y ha introducido nuevos componentes del campo como el análisis de las relaciones de poder. En otro sentido, se consideran también términos del campo los grupos políticos, las actitudes electorales, la distribución espacial de estos componentes, &c. Pero aquí siempre cabe la duda de si estamos ante escalas sociológicas o politológicas en vez de geográficas. [...] Pero estos planteamientos siguen siendo deudores de una concepción del Estado entendida a partir del dualismo sustancializado entre la dicotomía base y superestructura, porque el Estado será visto como un «marco» institucional dependiente de

otros procesos. Otras veces, el Estado será considerado como un instrumento de poder entre otros, siguiendo las pautas analíticas de Michel Foucault (voluntad de poder). La tesis de Lacoste según la cual la geografía es un arma para la guerra se inscribe en esta línea geopolítica»<sup>39</sup>.

Lo cual no implica negar que hay una clara relación entre los descubrimientos geográficos y los Imperios:

«La expansión del imperio de Alejandro hasta la India supuso la ampliación del mundo conocido desde la perspectiva de la cultura griega. [...] En este sentido podríamos decir que la geografía es solidaria del imperio. Así mismo, las conquistas de Alejandro condujeron a la organización de una *imago mundi*. El imperio de Alejandro acabaría legando el relevo a Roma. Sin duda, los romanos fueron herederos del espesor cultural de los griegos, pero, además, la expansión de Roma por el Mediterráneo o, dicho de otra manera, la conversión del Mediterráneo en un «lago romano» les llevó a construir mapas con finalidades militares y administrativas. Así, por ejemplo, fue muy importante la cartografía catastral basada en el método de la centuriación, pero también lo fueron el levantamiento de planos de ciudades o la representación de itinerarios y de elementos hidrológicos. Eran las exigencias de una sociedad política convertida en imperio que acabaría extendiendo la ciudadanía romana a todos los habitantes del mismo (Caracalla)»<sup>40</sup>.

Concretamente, la teoría de Mackinder es una construcción *ad hoc* de la época eduardiana, sofisticando el proceder de Inglaterra en el panorama internacional, donde se había dedicado a fomentar estados bisagra en Europa, a cada cual más artificioso, tales como Bélgica entre Francia y Prusia o Grecia como freno al Imperio Otomano, para así evitar el desarrollo de las potencias terrestres y permitir su marcha sin trabas como potencia esencialmente marítima. Así lo indica Joan Garcés cuando destaca la negativa británica a apoyar en 1820 la restauración de Fernando VII en España:

«La negativa británica a intervenir llevó a los absolutistas españoles a mirar hacia Rusia en búsqueda de auxilio. Pero era contrario a la estrategia inglesa que tropas de la *Eastern Mass* se desplazaran hacia la retaguardia de la *Western Mass*, aunque fuera para derrocar a un gobierno constitucional. [...] El rechazo británico a semejante movimiento de tropas rusas era compatible con la conceptualización que, un siglo después, haría Mackinder sobre la que denominaba recurrente tendencia de la *Heartland* —desde las postrimerías del Imperio romano— a invadir la “península latina” (el área italo-franco-ibérica)»<sup>41</sup>.

(39) Marcelino Suárez Ardura, «¿Qué es la Geografía? Consideraciones gnoseológicas generales sobre la Geografía», *El Basilisco*, nº 43 (2014), pág. 35.

(40) Marcelino Suárez Ardura, *op cit.*, pág. 48.

(41) Joan Garcés, *Soberanos e intervenidos*. Siglo XXI, Madrid 1996, pág. 313.



De hecho, cuando Robert Kaplan reconstruye las ideas de Mackinder, primero considera este proceder inglés, al que como bien sabemos se sumó alegremente Estados Unidos, como un ejemplo de «libertad». En efecto: de libertad para Inglaterra, «libre» así de las preocupaciones que generan las potencias centrales para una potencia principalmente marítima. Y, más adelante, señala que tras el Tratado de Versalles que cambió la faz política de Europa llegó lo que denomina la «distorsión nazi»: si Mackinder «recomendó en 1919 la constitución de una franja de Estados independientes en Europa oriental», otro teórico de la Geopolítica, Haushofer, «invirtió la tesis de Mackinder y unos años más tarde defendió la “extinción de dichos Estados”»<sup>42</sup>. Y es que la Geopolítica de Mackinder es una disciplina meramente funcional, donde lo que importa son los planes y programas del Estado de referencia: como es lógico, los alemanes, al verse encerrados e incluso al ver a compatriotas suyos encajonados en pequeños estados lindantes con Alemania, siendo ésta una potencia terrestre, tenían necesariamente que recuperar lo que se perdió en la Primera Guerra Mundial e incluso ir más allá si los demás se lo permitían.

Incluso mirando a nuestro presente, comprobamos que el intento de encerrar a la Rusia postsoviética mediante un cinturón de repúblicas independientes a su alrededor, lo único que ha provocado es el deseo de «reconsolidar ese mismo corazón continental: Bielorrusia, Ucrania, el Cáucaso y Asia Central, lo cual, un siglo después de que Mackinder expusiera sus teorías, constituye uno de los principales dramas geopolíticos de nuestro tiempo»<sup>43</sup>. Por lo tanto, el uso de la Geopolítica es meramente funcional, pues quien lo desee puede ver «junturas naturales» o formar una serie de estados puramente artificiosos según le convenga a sus intereses políticos. La Geopolítica no constituye por sí misma ningún tipo de verdad indiscutible, puesto que existen otros elementos importantes a la hora de juzgar el desarrollo y destino nada manifiestos de las naciones a lo largo de la Historia. Es más, no sería aventurado señalar que la Geopolítica constituye una simple aplicación del idealismo absoluto de Hegel a la cuestión geográfica (el desarrollo del espíritu a través de las trabas que impone la Naturaleza, la Geografía<sup>44</sup>). De hecho, Kaplan afirma literalmente, como copia de Hegel a través de McNeill y Toynbee, que Europa posee llanuras amplias y fértiles, un

litoral recortado donde se establecen un sinfín de puertos naturales y ríos navegables, y pese a disponer de un clima frío y húmedo, fue en esta región del mundo donde se desarrolló la civilización pujante de nuestro tiempo: «Las civilizaciones son, en muchos sentidos, reacciones esforzadas y valerosas [sic] ante el entorno natural»<sup>45</sup>. Idealismo en estado puro, evolución del Espíritu frente a los escollos de la Naturaleza.

Otro ejemplo de esta funcionalidad nos lo ofrece el propio Kaplan, quien siguiendo un discurso negrolegendario, señala que dos estados como España y Portugal, que formaron grandes imperios relativamente alejados de la gran Isla Mundial de Mackinder (aunque la idea de los Reyes Católicos con el viaje de Colón — curiosamente, con el precedente de la embajada a Tamerlán en tiempos de Enrique III de Castilla<sup>46</sup>, que debiera ser muy caro a los geopolíticos y también al citado John Darwin que bebe de ellos, pero que sorprendentemente todos ellos omiten— era la de rodear a los turcos por la espalda, mediante el apoyo del Gran Khan, esto es, del gran gobernante euroasiático), expandieron las fronteras conocidas y dominaron el Atlántico y el Pacífico mucho antes que los británicos, y sin embargo apenas quedan en consideraciones sobre su presunto despotismo, producto de no haber recibido la Ilustración<sup>47</sup>. Siempre podrán decir, al hegeliano modo, que los españoles estaban en realidad «fuera de sí», para justificar la omisión, pues como dice Hegel, el espíritu de caballería de España y Portugal, «salió de sí, hacia América y África, en lugar de volverse sobre sí, en su intimidad»<sup>48</sup>.

De hecho, frente a estas teorías geopolíticas que parecen previas al descubrimiento de América, es mucho más potente, en un sentido apagógico, no apodíctico o demostrativo, la perspectiva que Gustavo Bueno presenta en el «Colofón» de *El mito de la izquierda*, sobre las plataformas continentales, que Bueno enumera así:

«Las grandes unidades históricas y culturales en las que está hoy repartido el Género humano, aquellas cuyo volumen supera los cuatrocientos millones de habitantes, son las siguientes: el Continente anglosajón, en donde está asentado el único Imperio universal hoy realmente existente; el Continente islámico, que se mantiene totalmente al margen de la distinción entre izquierdas y derechas, tal como ella se formó en Europa; el Continente asiático, continuador de la sexta generación de la izquierda, y que es acaso el verdadero antagonista, mayor aún que el Islam, para el imperialismo norteamericano; y el Continente hispánico, que muchos consideran como una plataforma virtual cuyo porvenir, por incierto que sea, no puede ser descartado en cuanto al papel que pueda jugar en el futuro en el concierto universal»<sup>49</sup>.

(42) Robert D. Kaplan, *La venganza de la Geografía*, pág. 123.

(43) Robert D. Kaplan, *op. cit.*, pág. 117.

(44) «La humanidad europea aparece, pues, por naturaleza, como la más libre, porque en Europa no hay ningún principio natural que se imponga como dominante. [...] La diferencia principal en sentido geográfico es la que existe entre el interior y el litoral. En Asia el mar no significa nada; es más, los pueblos han vuelto la espalda al mar. En cambio en Europa, la relación con el mar es importante; he aquí una diferencia permanente. Un Estado europeo no puede ser un verdadero Estado si no tiene nexos con el mar. En el mar acontece esa versión hacia fuera que falta a la vida asiática, ese trascender de la vida allende sí misma. Por eso el principio de la libertad individual ha llegado a ser el principio de la vida de los Estados europeos». G. W. F. Hegel, *Lecciones sobre la Filosofía de la Historia Universal*. Alianza, Madrid 1989, pág. 199.

(45) Robert D. Kaplan, *op. cit.*, pág. 79.

(46) Ruy González de Clavijo, *Embajada a Tamorlán*. Castalia, Madrid 1999.

(47) Robert D. Kaplan, *op. cit.*, pág. 190.

(48) G. W. F. Hegel, *op. cit.*, pág. 676.

(49) Gustavo Bueno, *El mito de la izquierda*. Ediciones B, Barcelona 2003, págs. 297-298.

Afirmar que existen diversas plataformas continentales, ya sean hispánicas, anglosajonas, islámicas, &c., es mucho más funcional y materialista que plantear los límites que la Geografía impone al espíritu humano. Además, puesto que esas plataformas no son unidades megáricas, incomunicables entre sí, como si fueran las civilizaciones de Huntington (que el propio autor, dentro de su oficio de politólogo, considera una suerte de meros paradigmas que simplemente son más funcionales en nuestro presente, una vez caída la URSS y con ella el paradigma dual que conllevaba la Guerra Fría<sup>50</sup>), permiten la inclusión de zonas de fricción que anticipan posibles transformaciones e incluso trasvases territoriales y nacionales de una plataforma a otra, sin que ello suponga un drama o un hecho «antinatural», puesto que estas plataformas son, al modo de las culturas, «sistemas morfodinámicos»<sup>51</sup>, regidos por la «ley de desarrollo inverso» de las esferas culturales: a mayor complejidad de las esferas culturales, menor número de las mismas<sup>52</sup>, puesto que estas plataformas continentales son el resultado de la acción de sociedades imperialistas que han incorporado a diversas esferas culturales a lo largo de la Historia Universal. Son, en definitiva, como las placas tectónicas, que sufren derivas, rupturas o junturas que desde la superficie (desde nuestro presente inmediato) no entendemos, y sólo acudiendo a sus fundamentos (regresando a su situación «bajo tierra») podemos desentrañar.

Así, la pujanza de la hispanización de Estados Unidos a través de la inmigración desde Méjico principalmente, no sería ningún «drama geopolítico», al contrario de lo que señala Robert Kaplan en su obra *La venganza de la geografía*, donde destaca como fundamental en Estados Unidos el núcleo anglosajón, principalmente protestante e ilustrado [sic], a decir de Huntington<sup>53</sup>, quien ignora que el catolicismo es precisamente la confesión más numerosa en Estados Unidos<sup>54</sup>, además de un hecho obvio: no hay una sola prueba de que el modo de producción capitalista y el mercado pletórico se correspondan con las confesiones protestantes, dejando

(50) Samuel P. Huntington, *El choque de civilizaciones*, pág. 31.

(51) «Una cultura, en cuanto sistema morfodinámico que mantiene su independencia y autonomía frente a otros sistemas morfodinámicos que lo contienen a su vez como parte de su entorno habrá de desarrollar también una «membrana» o capa cortical capaz de resistir las agresiones de un entorno en el que figuran otros sistemas dinámicos». Gustavo Bueno, *El mito de la cultura*. Séptima edición. Prensa Ibérica, Barcelona 2004, pág. 188.

(52) Gustavo Bueno, *op. cit.*, pág. 217.

(53) «La Norteamérica bifurcada entre dos idiomas y dos culturas será fundamentalmente diferente de la Norteamérica de una sola lengua y una sola cultura anglo-protestante», afirma Samuel Huntington en *¿Quiénes somos? Los desafíos a la identidad nacional estadounidense*. Paidós, Barcelona 2004, pág. 371.

(54) En otro fragmento de la pág. 124 de esta misma obra, para salvar la dificultad que plantea la existencia de un gran núcleo de católicos en Estados Unidos, Huntington afirma con sorprendente indignidad intelectual que «Una de las dimensiones más sorprendentes de la protestantización fue el modo y la medida en que los preladados católicos reconciliaron el universalismo católico con el nacionalismo estadounidense», cuando bien sabemos que el catolicismo se ha involucrado con todo tipo de nacionalismos, no solamente los canónicos sino también los fraccionarios.

al catolicismo al margen de ese sistema económico y de la democracia; algo que ya comprobó Alexis de Tocqueville cuando afirmaba que tanto católicos como protestantes, en tanto que cristianos, aceptaban sin problema alguno la autoridad democrática del gobierno federal<sup>55</sup>.

Precisamente, a la luz de la migración hispana (principalmente mejicana) que está llegando en las últimas décadas a Estados Unidos, el periodista señala que la tendencia será que ese sector de la población norteamericana, agrupada en los estados del sur de Estados Unidos que una vez fueron Méjico, se unirá a los septentrionales mejicanos (con todas las consecuencias que conllevaría para el Imperio norteamericano), algo que podría evitarse (al menos Kaplan así lo contempla) si Estados Unidos se convierte en una agrupación «supraestatal» junto a Canadá y Méjico, manteniendo eso sí el núcleo protestante norteamericano, formando una suerte de satélite continental alrededor de la «gran Isla Mundial» de Mackinder<sup>56</sup>; tantas esperanzas pone en ese resultado Kaplan, que se atreve a señalar que el destino de Estados Unidos «se escribirá en sentido nortesur, no en sentido este-oeste, “de un mar resplandeciente a otro” del mito continental y patriótico»<sup>57</sup> como sucedió en el siglo XIX.

Sin embargo, estos hispanos, lejos de ser como los bárbaros que cruzaron el *limes* del Imperio Romano, aceptan con orgullo la ciudadanía estadounidense y se integran en su sociedad de destino hablando en español (algo perfectamente permitido en una constitución que no reconoce idioma oficial). Si acaso, podrían compararse con los cristianos que acabaron derribando el culto pagano al emperador del Imperio Romano, si finalmente Estados Unidos se hispaniza como pronostica Kaplan, para quien «Los temores de Huntington están justificados, aunque su solución parece parcialmente incorrecta»<sup>58</sup>.

En todo caso, tomando la perspectiva del materialismo filosófico, hay que considerar puramente metafísico ese presunto intento de Méjico de recuperar un territorio que en el pasado le perteneció, como si fuera una suerte de entidad natural en la que los norteamericanos se hubieran artificiosamente trasplantado y la Geografía estuviera «vengándose» mediante la recuperación vía inmigración de esos territorios para la nación situada bajo el Río Grande (suponiendo que la inmigración

(55) Alexis de Tocqueville, *La democracia en América* [1835]. Volumen 2, Primera Parte, Capítulo V.

(56) Literalmente dice Kaplan: «nuestra capacidad para convertirnos en una especie de supraestado bilingüe y cohesionado con México y Canadá o, por el contrario, nuestra ineptitud para no quedar atrapados en una vasta y disfuncional región fronteriza cada vez más ingobernable que genera tensión entre la que todavía es la cultura dominante, la angloprotestante, y su equivalente hispana, afectará considerablemente al poder económico, cultural, moral e incluso político y militar de Estados Unidos. Los temores de Huntington están justificados, aunque su solución parece parcialmente incorrecta», *La Venganza de la Geografía*, pág. 423.

(57) Robert D. Kaplan, *op. cit.*, pág. 409.

(58) Robert D. Kaplan, *op. cit.*, pág. 423.

mejicana en dirección a Estados Unidos esté programada desde el Gobierno de Méjico D. F., como si fuera la inmigración musulmana que a diario arriba a Europa, alentada y dirigida por el Estado Islámico de Iraq y Siria, lo cual es mucho suponer; aunque sorprendentemente Samuel Huntington así lo sostiene como hipótesis<sup>59</sup>). Nada habría de «natural» o de «artificial» (por usar la terminología de Kaplan y Huntington) en dicho proceso, sino que simplemente se constataría un avance muy significativo de la plataforma hispánica, hoy en clara decadencia política y convertida en el reverso del mundo anglosajón. Una Hispanidad que, a través de su implantación en Estados Unidos, el Imperio realmente existente, y con el instrumento universal de la lengua española, están transformando ese imperio ya mismo, sin necesidad de mirar a hipotéticos futuros de descomposición norteamericana, sino de transformación de la identidad de una unidad política aún en marcha y realizando su «Destino Manifiesto».

---

### § 3. Relaciones básicas que mantienen entre sí las sociedades políticas. El papel de los ortogramas

---

Tomando la base de las sociedades políticas realmente existentes y la *eutaxia* como su fin principal, ésta ha de considerarse como un resultado de las operaciones realizadas por los gobernantes para mantener su duración en el tiempo. Un operar respecto a unos fines no meramente subjetivos sino objetivos, teleológicos, que corresponden a una totalidad, el Estado, que sobrevive pese a que sus partes, los ciudadanos, se hayan renovado por completo (que haya fallecido una generación entera, por ejemplo), y que en algunos casos, como el de los Imperios, buscan reorganizar al resto de Estados. Como afirma Gustavo Bueno: «La Historia Universal es, según esto, reflexiva, en un sentido objetivo: no se trata de una reflexión subjetiva, sino de la reflexión que unos grupos dados hacen frente a otros, en virtud de la cual los *planes* o *programas* de unos grupos pretenden “recubrir” (asumiéndolos, rectificándolos o destruyéndolos) a los de los demás y, en el límite, a todos los demás»<sup>60</sup>. Una racionalidad proléptica no puede apoyarse en proyectos utópicos o en una continuidad azarosa o casual:

«Una sociedad que se desenvuelve al margen de cualquier sistema proléptico y fenoménico global, incluso cuando logre alcanzar, por hipótesis prácticamente absurda, un régimen procesual estacionario o equilibrado (comparable al de un enjambre sano) no podría considerarse eutáxica. Una sociedad que se desenvolviese en función de un sistema proléptico inviable (acaso pudieran servir como ejemplo ciertos planes quinquenales erróneamente y utópicamente diseñados) tampoco es una sociedad eutáxica aun cuando alcance eventualmente algún momento transitorio de plenitud aparente»<sup>61</sup>.

A estos planes y programas que canalizan la actividad de las sociedades políticas los define el materialismo filosófico como *ortogramas*, «materias formalizadas», «capaces de actuar como moldes activos o programas en la conformación de materiales dados. Que siempre, y a su vez, estarán configurados de algún modo: no existe la *materia prima*»<sup>62</sup>. Sin embargo, aunque hay programas que son ortogramas, «no todo ortograma tendrá que considerarse, salvo por metáfora, un programa, puesto que sus pasos, bucles, normas, etc., no están siempre explícitos (y en este sentido pueden ser considerados inconscientes). Una *Gestalt* puede también actuar como ortograma»<sup>63</sup>; las formas de la *Gestalt* no nos indican cómo interpretarla: la copa puede ser interpretada como el dibujo de dos caras enfrentadas, y la anciana una joven, dependiendo de la perspectiva que se siga. Análogamente, en el caso de las sociedades políticas, estos ortogramas que implican la canalización de esas operaciones prolépticas realizadas para conseguir esa *eutaxia*, normalmente no son percibidos con exactitud a la escala contemporánea los miembros de esa sociedad política de referencia. Lo cual implicará que el ortograma ligado a la *eutaxia* es algo a valorar retrospectivamente, dentro del grado de «cumplimiento» de tales planes y programas. Asimismo, la *eutaxia* no podrá ser entendida como algo particular de un Estado, sino siempre en referencia a otros Estados del entorno, esto es, tomando como referencia los Imperios universales y las relaciones que mantienen entre sí las diversas sociedades políticas.

Aunque existen más relaciones posibles, tomaremos como referencia cuatro situaciones básicas que pueden definir las relaciones que mantienen entre sí las sociedades políticas realmente existentes:

#### a. Aislacionismo

Supuesta una sociedad política, cabe imaginar una situación tal en la que no mantendría ninguna relación con el resto de sociedades políticas. En el caso norteamericano, muchos son los teóricos que afirman que hay fuertes tendencias aislacionistas que

---

(59) «Si un millón de soldados mexicanos trataran cada año de invadir Estados Unidos y más de 150,000 de ellos lo lograran y se establecieran en territorio estadounidense, y el gobierno mexicano exigiera entonces que Estados Unidos reconociera la legalidad de dicha invasión, los estadounidenses se sentirían indignados y movilizarían todos los recursos necesarios para expulsar a los invasores y restablecer la integridad de sus fronteras. Sin embargo, todos los años se produce una invasión demográfica comparable, el propio presidente de México preconiza la legalización de la misma y los propios dirigentes políticos estadounidenses (al menos hasta el 11 de septiembre) pasan la cuestión por alto o aceptan incluso la eliminación de la frontera como un fin a largo plazo». Samuel Huntington, *¿Quiénes somos?*, pág. 364.

(60) Gustavo Bueno, *España frente a Europa*, pág. 35.

(61) Gustavo Bueno, *Primer ensayo...*, págs. 183-184.

(62) Gustavo Bueno, *Cuestiones cuodlibetales sobre Dios y la religión*. Mondadori, Madrid 1989, pág. 391.

(63) Gustavo Bueno, *op. cit.*, págs. 391-392.

sugieren que Estados Unidos debe aislarse respecto a los problemas del resto del mundo; incluso habrá quienes identifiquen a los republicanos con el aislacionismo y a los demócratas con el intervencionismo, o viceversa. Pero lo cierto es que esta idea del aislacionismo, y más en el caso norteamericano, es siempre funcional, sobre todo pensada respecto a Europa, en el sentido que marca la Doctrina Monroe del aislamiento que en relación a las potencias europeas debía mantener una nación norteamericana aún débil. Afirma Adolfo León Atehortúa:

«En una carta que ha sido calificada como testamento político de George Washington, “Adiós al pueblo americano”, la doctrina consistía en “no tomar nunca partido en las querellas internas de Europa”; en “aprovechar el aislamiento y lejanía” para “formar una nación regida por un gobierno fuerte, que no tenga que temer nada de nadie”, [...] Para sostener la paz con Europa, Estados Unidos se comprometía a evitar cualquier interferencia o intervención en los asuntos del viejo continente. Su objetivo era dedicar la diplomacia y todo esfuerzo del naciente país a consolidar su Estado federal y a mantener la paz con las potencias europeas, alejándose de sus disputas.

Aunque para algunos autores esta doctrina de los “dos hemisferios” es prudente y estratégica, los analistas de la política exterior norteamericana han definido dicha línea de pensamiento como “aislacionismo”.

Al momento de su génesis, Estados Unidos se consideraba un país relativamente débil, agrario y poco desarrollado; su ciudad más grande estaba lejos de igualar las dimensiones de México o La Habana; su balanza de pagos era desigual frente a la imperiosa importación de los bienes no producidos en su propio territorio, y su geografía no alcanzaba siquiera la décima parte de lo que llegó a ser un siglo después. En estas condiciones, las buenas relaciones con el exterior y la consolidación de la Unión, la neutralidad y el aislacionismo, les parecían las políticas más aconsejables a un importante sector del Partido Republicano, a John Adams y a la facción federalista de Alexander Hamilton»<sup>64</sup>.

### b. Ejemplarismo

Pese a que la trayectoria de Estados Unidos es excepcional, sin parangón en la Historia Universal, el coloso norteamericano ha difundido una forma de vida que se ha convertido en ejemplo para el resto de la Humanidad: el *american way of life*, ligado a la democracia de mercado pletórico que ha triunfado en Europa y Japón principalmente. De esta forma de relación, ligada a la Idea de Globalización, habremos de hablar en el epígrafe 6 de este trabajo.

(64) Adolfo León Atehortúa Cruz, «A propósito de Panamá: La política exterior de Estados Unidos y el “Destino Manifiesto”», *Folios*, 2ª Época, nº 25 (2007), pág. 28.

### c. Imperialismo generador

Una sociedad política se caracterizará por ejercer un imperialismo generador cuando se constante «la intervención de una sociedad en otras sociedades políticas (en el límite: en todas, en cuanto imperio universal) con objeto de “ponerse a su servicio” en el terreno político, es decir, orientándose a “elevar” a las sociedades consideradas más primarias políticamente (incluso subdesarrolladas o en fase preestatal) a la condición de Estados adultos, soberanos. La norma del Estado por tanto es *generar* Estados nuevos, y la dialéctica de esta norma es que ella, o bien habrá de cesar al cumplirse su objetivo [...] o bien habrá de cesar si se llega a la constitución de un estado universal único, a la creación de la clase de un solo elemento, que podría simbolizarse en la ciudad o Estado universal (la Cosmópolis de los estoicos)»<sup>65</sup>. Sin embargo, Gustavo Bueno señalaba en 1995 las reservas propias, dada la ausencia de perspectiva histórica, a la hora de considerar como imperios generadores a dos sociedades de nuestro presente, Estados Unidos y la Unión Soviética, aunque ambos ejercían de modelos para explicar la norma del imperio generador: «Como ejemplos de sociedades políticas regidas en nuestro siglo por la norma IV [imperialismo generador] hay que citar, desde luego, a la Unión Soviética, por un lado (en cuanto impulsora de los movimientos de liberación nacional, y esto sin perjuicio de sus prácticas depredadoras) y a los Estados Unidos de América por otro (en tanto se presentan como garantes de la defensa de los derechos humanos y de las democracias, y esto dicho con las mismas reservas que hemos aplicado a la Unión Soviética)»<sup>66</sup>.

### d. Imperialismo depredador

Se define como imperialismo depredador aquel que «propone a la sociedad de referencia X como modelo soberano al que habrán de plegarse las demás sociedades políticas y, en el límite, tenderá a anexionarlas bajo su tutela. Es la norma del colonialismo. Las demás sociedades políticas sólo existirán, para la de referencia, a título de colonias, susceptibles de ser explotadas. La norma es poner a las demás sociedades al servicio de la sociedad imperialista»<sup>67</sup>. Sabemos que la distinción entre imperialismo depredador y generador no es dicotómica, puesto que todos los imperios son en alguna medida depredadores. Respecto a este último punto, dos son los argumentos que se utilizan para defender que Estados Unidos sería un imperio depredador: 1) su lucha frente a la Unión Soviética durante la Guerra Fría, abanderando los norteamericanos el modo de producción capitalista y los soviéticos el socialismo realmente existente, y 2) sus orígenes coloniales británicos.

(65) Gustavo Bueno, *Principios de una teoría política filosófico materialista*, 3, §. 2.

(66) *Ibid.*

(67) *Ibid.*

1) Como desde el marxismo el capitalismo fue concebido como una forma de alienación de la Humanidad (concretamente de su representación en forma de «clase universal», el proletariado), y la URSS la plataforma efectiva para la superación del capitalismo y la implantación de un comunismo universal, tomando esta perspectiva habría que suponer que el enfrentamiento entre Estados Unidos, como garante del modo de producción capitalista, y la Unión Soviética, como garante del «socialismo realmente existente», sería un enfrentamiento entre un imperialismo depredador y un imperialismo generador. Siguiendo esta misma perspectiva, se argumentará además que Estados Unidos habría apoyado a estados «tiránicos y dictatoriales» con tal de garantizarse el flujo de materias primas hacia la presunta «metrópoli» norteamericana, una prueba más de esa alienación primigenia del capitalismo.

Sin embargo, la idea de alienación es puramente metafísica en este contexto y no se justifica en el beneficio del proceso completo del capitalismo. Se trata, como bien sabemos, de una idea de origen cristiano (de San Pablo, directamente), utilizada profusamente en la filosofía hegeliana, la de exteriorización del espíritu subjetivo y que más tarde fue adoptada por Feuerbach y Marx bajo la forma de alienación<sup>68</sup>. Y en efecto, pese a que la Unión Soviética fue un imperio generador siguiendo la perspectiva del materialismo filosófico, guiándose por el ortograma de la revolución universal y trasladando el desarrollo del «socialismo en un solo país» bajo la forma de «democracias populares» a numerosos países de Europa del Este e incluso de Asia, África o Hispanoamérica, su ortograma se encontraba viciado de inicio, lo que influyó en su precipitada caída (una duración de menos de cien años, tres cuartos de siglo para ser exactos, lo que tomando el criterio de las centurias que marca la *eutaxia* es ciertamente un período escaso).

Concretamente, la corrupción del ortograma se produjo por la idea del monismo metafísico del Diamat, plasmada en planes y programas tan concretos como fueron los planes quinquenales, donde cualquier cosa que se hiciera llevaría al advenimiento del comunismo final y la derrota del capitalismo. Sin embargo, tras finalizar esa planificación económica y las consiguientes purgas y traslados de población que conllevaron, el modelo se había agotado: en la década de 1950 bien podía decirse que la URSS había muerto de éxito, sobre todo viendo

(68) «En el materialismo histórico, la idea de una comunidad primitiva vendría a desempeñar las funciones de la posición del ser humano en el “estado de gracia”, anteriormente a su caída; porque la alienación estará representada ahora por la división o escisión de esa comunidad primitiva en clases antagónicas consecutivas a la aparición de la propiedad privada y del Estado; y el retorno, por la vuelta a la unidad o reconciliación del género humano, que reexpondrá, en una escala superior, el modelo embrionario de humanidad expresado por la comunidad primitiva. Esta “concepción de la historia”, desde el punto de vista del materialismo filosófico, no es otra cosa sino un caso particular de los mitos neoplatónicos secularizados y su estructura metafísica no tiene nada que ver con los datos de la Antropología o de la Historia». *Ibid.*, 2, §. 7.

que la implantación del Estado del Bienestar en el mundo desarrollado se convirtió en una forma de socialismo con mayor validez ecológica que el «socialismo realmente existente», de tal modo que en 1991 advino el comunismo final, que en quiasmo acuñado para la ocasión no fue más que el final del comunismo: la entrega del poder por parte del PCUS<sup>69</sup>. El «sacrificio por las generaciones futuras» fue algo inútil y puramente metafísico: esas generaciones ya estaban adviniendo en el momento en que se desarrollaba el ortograma soviético, y quedaron decisivamente marcadas por todos esos acontecimientos.

Por otro lado, quienes critican a Estados Unidos por patrocinar «dictaduras» no señalan en consecuencia que la Unión Soviética dirigió y patrocinó a sus «países satélites» para lograr la formación de «democracias populares», la forma más avanzada de la denominada «dictadura del proletariado»<sup>70</sup>, vista a su vez desde la perspectiva norteamericana como una modulación del clásico despotismo oriental: *contraria sunt circa eadem*. Por lo tanto, no sólo la idea de alienación en su momento nematológico<sup>71</sup> resulta oscura por su carácter metafísico, sino que la contraposición de los regímenes dictatoriales implantados en determinados «países satélites» por los norteamericanos a las «democracias populares» implantadas por la URSS pide el principio (de un fundamentalismo democrático encubierto): ¿acaso sólo implantando la «democracia popular» que elimine la «dictadura» o «autocracia» supuestamente encubierta por la democracia burguesa estaremos ante una forma de imperialismo generador?

2) Otro de los argumentos más habituales a la hora de considerar a Estados Unidos como un imperio depredador es su origen anglosajón, ligado a las trece colonias implantadas por Inglaterra en la costa este de Norteamérica, a partir del núcleo de colonos del *Mayflower* expulsados de Inglaterra en la primera mitad del siglo XVII; bien sabemos que, al contrario de lo que sucedió con el Imperio Español, los ingleses exterminaron a los indígenas norteamericanos, en tanto que considerados como hijos de Satanás, mientras que en España se discutía su estatus en polémicas tan elaboradas como la famosa Controversia de Valladolid de 1551. En consecuencia, como el origen de Estados Unidos es el de un imperialismo depredador, sus planes y programas, heredados directamente de la «Madre Patria Inglaterra», han de ser de los de un imperio depredador también.

Sin embargo, eso sería tanto como considerar verdadero el monismo metafísico del Ser, las fórmulas que aparecen en el *Sofista* de Platón que afirman que «de lo mismo se va a lo mismo» o «de lo distinto se va a lo distinto», sin posibilidad de transformación o asumiendo

(69) Gustavo Bueno, *El mito de la izquierda*, págs. 220-221.

(70) Ver «Democracia popular» en *Diccionario de filosofía*. Ediciones Pueblos Unidos, Montevideo 1965, pág. 111.

(71) Ver Gustavo Bueno, *El fundamentalismo democrático. La democracia española a examen*. Temas de Hoy, Madrid 2010, págs. 115-117.



una transformación constante que impide distinguir ningún sustrato («nadie puede bañarse dos veces en el mismo río»). Al contrario, el materialismo filosófico nos muestra que la famosa «manía de clasificar» señalada en el diálogo platónico ofrece un punto de vista dialéctico, de presentación de distintas alternativas y, en conclusión, de distintas realidades que se van transformando. Como ni todo se relaciona con todo ni nada se relaciona con nada, existen determinadas pautas de transformación de unas cosas en otras. De ahí que ya en 1972 en *Ensayos materialistas* (con el precedente de las «Estructuras metafinitas»<sup>72</sup> en 1955), Gustavo Bueno utilice con frecuencia la expresión «contener virtualmente»<sup>73</sup> una cosa a otra (por ejemplo, la sociedad política está «contenida virtualmente» en la sociedad natural de homínidos, en la confluencia de sociedades preestatales que por *anamórfosis* conforman las primeras sociedades estatales).

Si tomamos como criterios para la transformación los dos que aparecen en el famoso diálogo platónico, de lo mismo a lo diferente, y de lo diferente a lo mismo, tendremos dos criterios: los *procesos dialécticos por divergencia*, y los *procesos dialécticos por convergencia*. Este doble criterio ha de cruzarse con los dos sentidos de la dialéctica entre fenómenos e Ideas filosóficas: en un sentido ascendente o de *regressus* a las Ideas (en este caso a una configuración límite), o en un sentido descendente, de *progressus* desde las Ideas a los fenómenos a estudiar. De este cruce de criterios obtenemos cuatro figuras de la dialéctica<sup>74</sup>:

- *Metábasis* o figura de divergencia en el sentido del *progressus*, donde un esquema material de identidad propicia una configuración que se sitúa «más allá de la serie» (por ejemplo, la imposibilidad de sostener un

(72) Gustavo Bueno, «Las estructuras "metafinitas"», *Revista de Filosofía*, 53-54 (1955), págs. 223-291.

(73) Por ejemplo, a la hora de desarrollar la doctrina de los Tres Géneros de Materialidad, especialmente el Tercer Género: «La imagen que parece ofrecernos la Física de las partículas no se parece en nada a un universo constituido por entidades fijas, por mínimas que sean, sino más bien la de una pluralidad en incansante agitación, donde ni la misma singularidad corpórea tiene ya sentido [...], y en donde las partículas son fundamentales, [...] por constituir los "nudos" que se hacen y se deshacen, en la intersección de entidades en perpetuo proceso, pero que forman entre sí una red, un sistema, cuyos elementos son más bien entidades del tipo "homeomerías" ("todo está en todo"; cada partícula elemental contiene, virtualmente, a todas las demás) que de tipo "átomos". Se diría que estas entidades de la Física nuclear constituyen más bien totalidades metafinitas, que finitas o infinitas. Ciertamente, si definimos la materia por la noción "partes extra partes", una estructura metafinita viene a representar la negación de esa exterioridad (homeomería). De hecho, multitud de conceptos espiritualistas están contruidos por medio de conceptos metafinitos. Pero, evidentemente, las estructuras metafinitas, si bien rectifican dialécticamente la exterioridad corpórea de las partes, la suponen, y nos remiten a pluralidades más abstractas (una estructura metafinita pura es absurda porque conduciría a la unidad de simplicidad, es decir, al concepto académico de "espíritu"). Las homeomerías rectifican dialécticamente, por tanto, la idea de Materia, como totalidad compuesta de "partes extra partes" corpóreas, pero nos introducen precisamente en otro tipo de pluralidades —por tanto, de materialidades— incorpóreas» (Gustavo Bueno, *Ensayos materialistas*. Taurus, Madrid 1972, págs. 31-32).

(74) Gustavo Bueno, «Sobre la Idea de Dialéctica y sus figuras», *El Basilisco*, nº 19 (1995), págs. 47-48.

estado nacional a partir de fundamentos étnicos, lo que obliga su reorganización mediante un imperio, como señala John Darwin, la «propensión de las comunidades humanas ha sido la acumulación de poder a gran escala: la construcción de imperios. Es más, ha resultado tan difícil crear comunidades políticas autónomas sobre fundamentos étnicos frente a la fuerza gravitatoria de la atracción cultural o económica (así como a las disparidades de fuerza militar) que, a lo largo de la historia, los imperios (donde diferentes comunidades étnicas tienen un mismo gobernante) han sido la forma política de organización por defecto. El poder imperial ha sido más la norma que la excepción»<sup>75</sup>).

- *Catábasis* o figura de convergencia en el sentido del *progressus* (como podría ser la formación de un estado federal a partir de partes o pueblos previos que van incorporándose al núcleo estatal). Sin duda este ejemplo es el que mejor encaja a la hora de comprender la formación de Estados Unidos, como veremos a continuación.

- *Anástasis* o figura de divergencia en el sentido del *regressus*. El ejemplo más claro en este aspecto es la disolución de una sociedad política, sea ésta federal o no, en diversas partes cuyo resultado final se considera artificialmente el límite del proceso al que había que llegar; tal es el caso de la reciente disolución de Yugoslavia en diversas naciones consideradas bajo su base étnica o religiosa, ya fueran musulmanes bosnios, católicos croatas u ortodoxos serbios. Como señala Robert Kaplan a propósito de lo que denomina «síndrome vengativo de los Balcanes» que conduce a cada nación resultante de la disolución de Yugoslavia a reclamar como territorio nacional natural todas las tierras que poseyó en los tiempos de su mayor expansión histórica: «Cada nación exige que sus fronteras vuelvan al mismo punto en que se encontraban en el preciso instante en que su correspondiente imperio se hallaba en la cumbre de su antigua expansión medieval»<sup>76</sup>. Especialmente llamativa es la reivindicación de la Batalla de Kosovo, el año 1389, en la que el príncipe serbio Stefan Lazar fue derrotado por el ejército turco, y cuyos ecos aún se mantenían frescos entre los serbios: en 1987, de visita en Kosovo por la efeméride de la derrota, el líder comunista Slobodan Milosevic afirmó: «No volverán a hacerte esto otra vez. Nadie volverá a derrotarte»<sup>77</sup>.

- *Catástasis* o figura de la convergencia en el sentido del *regressus* (por ejemplo, considerar a la Unión Europea como destino lógico de los distintos países europeos, dentro de la citada *fase postestatal*, buscando en diferentes épocas históricas el precedente de tal unidad europea, como pudo ser el Imperio de Carlomagno o

(75) John Darwin, *El sueño del imperio*, pág. 45.

(76) Robert D. Kaplan, *Fantasma balcánico. Un viaje a través de la historia*. Acento Editorial, Madrid 1994, pág. 52.

(77) Robert D. Kaplan, *op. cit.*, pág. 36.

el posterior Sacro Imperio Romano Germánico, para Robert Kaplan el «corazón de Europa»<sup>78</sup>.

Si reagrupamos estas cuatro figuras según el sentido procesual, por un lado las del *regressus* y por el otro las del *progressus*, observaremos que en el primer caso, tanto la *anástasis* como la *catástasis* son una suerte de «modos de repliegue o huida hacia atrás (retirada estratégica) de la contradicción». Por el contrario, las figuras del *progressus* (*metábasis* y *catábasis*) serían dos formas de «"huir hacia adelante" de la contradicción que nos ha salido al paso»<sup>79</sup>.

En el caso que nos ocupa, que un conjunto de sociedades coloniales hayan sido fundadas por un imperio depredador, como es el caso de las trece colonias en la costa este de Norteamérica propiedad del imperio inglés, no supone obstáculo alguno para que estas colonias puedan formar por agrupación o *catábasis* un imperio dotado de un nuevo ortograma (no necesariamente depredador), Estados Unidos. Por el contrario, las sociedades políticas hispanoamericanas surgidas de la disgregación del Imperio Español (modelo de imperio generador desde nuestra perspectiva), pese a que desde los tiempos de la Controversia de Valladolid de 1551, como ha sabido analizar de manera magistral Pedro Insua en su *Hermes católico*<sup>80</sup>, ya se había postulado como objetivo del imperialismo español la formación de naciones independientes en América, pronto ese ortograma sufrió una considerable corrupción ideológica<sup>81</sup>: la creencia de que el Apóstol Santo Tomás había evangelizado América en los primeros años de la Era Cristiana —resultaba inconcebible para los misioneros que tantos hombres hubieran estado «dejados de la mano de Dios»—, acabó provocando una inesperada influencia en los años previos al proceso de independencia hispanoamericana, provocando en un buen número de «españoles americanos» un espectacular odio hacia España mediante el indigenismo, que suponía que el Imperio Español había invadido una América preexistente y evangelizada más de mil años atrás por el Apóstol Santo Tomás (idea invocada por el clérigo Fray Servando Noriega de Mier durante los prolegómenos de la independencia)<sup>82</sup>.

Desde esta idea se consideraba la obra de España en América como algo meramente postizo y por lo tanto ajeno a la realidad americana: América ya era independiente

(78) Robert D. Kaplan, *La venganza de la Geografía*, pág. 195.

(79) Gustavo Bueno, «Sobre la Idea de Dialéctica y sus figuras», pág. 48.

(80) Pedro Insua, *Hermes católico. Ante los bicentenarios de las naciones hispanoamericanas*. Penfalta, Oviedo 2013.

(81) En el sentido que se le otorga en Gustavo Bueno, *El fundamentalismo democrático*. Temas de Hoy, Madrid 2010. Algo que Pedro Insua insinúa cuando señala que «tanto el indigenismo como el progresismo cultivan el relato negrolendario sobre la conquista, que hacen del período imperial una especie de paréntesis oscurantista, caracterizado por la depredación, el expolio, el genocidio, pero que se cierra definitivamente, por fin, con la Independencia, cuyas causas (ilustración, rebelión indígena) jamás pueden sobrevenir de ese vaciado imperial». *Hermes católico*, págs. 177-178.

(82) Gustavo Bueno, *El mito de la derecha*. Temas de Hoy, Madrid 2008, págs. 274-276.

desde el comienzo de la Era Cristiana, por lo que debía liberarse de los «opresores europeos»; «liberación» que comenzó con la proclamación de juntas locales en defensa del Rey de España Fernando VII secuestrado por Napoleón (partidistamente interpretadas a doscientos años de distancia como inicio de las actuales naciones americanas), que más tarde derivaron en plataformas de unidad continental fracasadas. Idea de América que siguió los cauces de la *anástasis*, pues incluso al final del proceso que dejó un mosaico irregular de repúblicas, éstas fueron justificadas, pese a su novedad histórica, desde esa idea indigenista que caracteriza su «identidad» regresando a sus presuntos orígenes indígenas: los guaraníes en Paraguay, los charrúas en Uruguay, los mapuches en Chile, los incas en Perú, &c. *Regressus* enteramente gratuito, puesto que las fronteras diseñadas tras la independencia eran puramente artificiosas; de hecho, provocaron y aún hoy provocan conflictos territoriales (y podrían ser desbordadas en virtud de la idea indigenista para recuperar la forma de esas naciones étnicas previas). Un *regressus* que implicó en consecuencia poner entre paréntesis o considerar algo accidental la herencia hispánica tanto en el idioma (pese a que su número de hablantes no ha dejado de crecer, resultado de la formación de esas naciones modernas) como en las costumbres, desembocando en una modulación de la derecha extravagante, la de las naciones étnicas que habrían recibido la predicación del Apóstol Santo Tomás, para convertirse en «el pueblo elegido por Dios».

En resumen, el resultado de la independencia americana, pese a que se realizó al formarse las nuevas naciones y supuso la innegable expansión de la lengua española y del concepto de Hispanidad consiguientes, fue la corrupción ideológica de un ortograma católico, generador, el que defendía el Imperio Español del que proceden genéticamente, para convertirse en un ortograma de carácter indigenista asumido por partes muy significativas de estas sociedades hispanoamericanas resultantes (y plasmadas incluso en textos constitucionales o himnos nacionales), cuya modulación más actual es el denominado «Socialismo del Siglo XXI», plasmando su odio a la «Madre Patria» en políticas muy concretas (expropiaciones de empresas, ruptura de relaciones sin un motivo justificado, aprecio por las más delirantes ceremonias indígenas, retirada de las efigies de Hernán Cortés, Pizarro o Cristóbal Colón, sustitución de la festividad del 12 de Octubre, el Día de la Hispanidad, por el «Día de la Resistencia Indígena», tal y como realizó en Venezuela Hugo Chávez, &c.)<sup>83</sup>.

(83) Como señala Iván Vélaz, la Leyenda Negra se reaviva en Hispanoamérica al calor de este secular indigenismo «cuando una empresa española se implanta exitosamente en Hispanoamérica. El recelo, cuando no las descalificaciones con las que son recibidas, vienen frecuentemente unidas a la acusación del pretendido intento, por parte de tales empresas, de resucitar un colonialismo que nunca existió, como hemos tratado de probar, en unos territorios cuya articulación dentro del Imperio se hizo por medio de instituciones que distaban enormemente de las colonias con que otros imperios rivales abrieron sus horizontes». *Sobre la Leyenda Negra*. Ediciones Encuentro, Madrid, 2014, pág. 312.

Como vemos, que el origen de una sociedad política haya sido un imperialismo de carácter generador no implica que las sociedades políticas resultantes de su descomposición enarbolen proyectos políticos de carácter generador. Estados Unidos tuvo su origen en una parte del imperio colonial inglés, depredador, desbordándolo en la forma de la catábasis por confluencia de tradiciones europeas, *e pluribus unum*; recordemos que las dos primeras ciudades de lo que hoy es Estados Unidos, San Agustín y Santa Fe, fueron fundadas por el Imperio Español en el siglo XVI; incluso el Imperio Español fue fundamental a la hora de conformar «el curso del Imperio» norteamericano (como la expedición de Francisco Coronado desde el norte de Méjico hasta la actual Kansas<sup>84</sup>). Se constituyó así un nuevo Imperio con un ortograma diferente que orientó un desarrollo expansivo dirigido centralizadamente. Por otro lado, las repúblicas hispanoamericanas se formaron por disgregación de los virreinos americanos que poseía la Monarquía Hispánica: *ex uno plures*. Identidad que, en lugar de tomar como algo positivo el legado histórico y lingüístico común con España, lo tergiversa desde el punto de vista de la Leyenda Negra: postular un pasado nefasto, que se considera causa de los problemas presentes viene como anillo al dedo a quienes son incapaces de responsabilizarse del fracaso y miseria generalizados de los actuales países hispanoamericanos<sup>85</sup>, de una Hispanidad con cuatrocientos millones de hispanohablantes herederos del Imperio Español, que a día de hoy sólo pueden operar como fuerza política efectiva a través de Estados Unidos, donde la inmigración hispana y la lengua española están cobrando una fuerza muy considerable.

Por lo tanto, esa idea que señala que «de lo mismo se sigue a lo mismo» (del imperialismo generador al imperialismo generador, y del depredador al depredador), o «de lo distinto se sigue lo distinto» es propia de un monismo metafísico del ser heredero de Parménides («el ser es y no puede no ser») o del monismo de los contrarios de Heráclito heredado precisamente por el materialismo dialéctico, el Diamat. En suma, una vulgar ramplonería en nada coordinable con el materialismo filosófico y que no explica absolutamente nada.

---

(84) Afirma Kaplan, pese a descalificar, en la línea de la más vulgar Leyenda Negra, la expedición de Francisco Coronado desde Méjico hasta Kansas, porque iba «en busca de oro y riquezas fáciles; tenía una mentalidad medieval» [sic] que aun siendo anterior en el tiempo a las realizadas por Meriwether Lewis y William Clark entre 1804 y 1806 en los territorios de Luisiana y Oregón, «fue posmoderna a su manera, ya que no estaba limitada por ninguna conciencia nacional y sirvió de orientación para un Estado universal futuro que se extendería desde el México semitropical a la templada Norteamérica». *La venganza de la Geografía*, pág. 422.

(85) El paradigma de esta referencia no es otro que Eduardo Galeano, quien ejemplifica esa actitud sumisa y conformista: «Para quienes conciben la historia como una competencia, el atraso y la miseria de América Latina no son otra cosa que el resultado de su fracaso. Perdimos; otros ganaron. Pero ocurre que quienes ganaron, ganaron gracias a que nosotros perdimos: la historia del subdesarrollo de América Latina íntegra, como se ha dicho, la historia del desarrollo del capitalismo mundial. *Nuestra derrota estuvo siempre implícita en la victoria ajena; nuestra riqueza ha generado siempre nuestra pobreza para alimentar la prosperidad de otros: los imperios y sus caporales nativos*». Eduardo Galeano, *Las venas abiertas de América Latina* [1971]. Septuagesimosexta edición. Madrid, Siglo XXI, 2004, pág. 16.

Si releemos el libro anteriormente citado de Burbank y Cooper, *Imperios*, comprobaremos que ambos autores consideran el monoteísmo como uno de los «repertorios imperiales» más exitosos del pretérito; así lo corroboran cuando señalan que el patriarca de Constantinopla, la capital del Imperio Bizantino, era llamado el «patriarca ecuménico», esto es, de todo el mundo (*oikouménē*)<sup>86</sup>, o que Mahoma fue enviado «a toda la humanidad»<sup>87</sup>. Sin embargo, pese a que la nación norteamericana surgida tras la Guerra de la Independencia contra Inglaterra siempre reivindicó sus orígenes cristianos, los mencionados autores no aplican este «repertorio imperial» a Estados Unidos.

Y es que el coloso norteamericano, al igual que los imperios del medievo pero también los de la «Modernidad», también constituyó las bases de su ortograma sobre el «repertorio imperial» del monoteísmo, que está, como vamos a ver, íntimamente ligado al origen del Destino Manifiesto. Pero no como mero instrumento para dominar, como «repertorio», sino como ortograma de un Imperio Universal, de su idea metapolítica, que desde la perspectiva de un Ego Trascendental (por ejemplo, desde la perspectiva de un Dios que conoce a todos los hombres) que, desbordando la mera corporeidad y asumiendo el ortograma correspondiente a la sociedad política, abarca todo el mundo conocido, y busca reorganizarlo, «elevarse a la Idea de una Ciudad Universal, de una “Cosmópolis” o Imperio Universal único, capaz de englobar, en una sociedad única, a la totalidad de los hombres»<sup>88</sup>. Ejemplos muy claros de todo ello son la figura del emperador en el Imperio Romano, elevado a la dignidad divina, y los monarcas medievales y modernos, que ligaban la imagen del poder a la del Cristo *Pantocrator*, poseedor del *ecúmene*, esto es, del *mapa mundi* que aspira a reorganizar el Imperio universal.

Se entiende entonces que la primera vez que aparezca en la Historia esta expresión, «Destino Manifiesto» en los escritos del publicista de origen irlandés John O’Sullivan, ligado al Partido Democrático fundado por Andrew Jackson, se apele a los mismos términos que los imperios medievales y modernos. En su artículo titulado «Annexation», publicado en *The United States Democratic Review* en 1845, O’Sullivan acuña de forma explícita y por vez primera la expresión «Destino Manifiesto»; en él señala que Estados Unidos, con la anexión de Tejas, lo único que hacía era acabar con las trabas de Méjico a la expansión norteamericana

---

(86) Jane Burbank y Frederick Cooper, *Imperios*, pág. 99.

(87) *Ibid.*, pág. 107.

(88) Gustavo Bueno, *España frente a Europa*, pág. 197.

guiada por la Providencia para extender su experimento de régimen democrático, el «destino manifiesto» de la nación: «limiting our greatness and checking the fulfillment of our manifest destiny to overspread the continent allotted by Providence for the free development of our yearly multiplying millions»<sup>89</sup>.

Unos años antes, en 1839, también en *The United States Democratic Review*, el mismo autor publica el texto «The Great Nation of Futurity», donde O'Sullivan apela a Dios como fuente de los principios de libertad, igualdad y hermandad entre toda la humanidad abanderados por Estados Unidos:

«The far-reaching, the boundless future will be the era of American greatness. In its magnificent domain of space and time, the nation of many nations is destined to manifest to mankind the excellence of divine principles; to establish on earth the noblest temple ever dedicated to the worship of the Most High — the Sacred and the True. Its floor shall be a hemisphere — its roof the firmament of the star-studded heavens, and its congregation an Union of many Republics, comprising hundreds of happy millions, calling, owning no man master, but governed by God's natural and moral law of equality, the law of brotherhood— of “peace and good will amongst men”»<sup>90</sup>.

Curiosamente, ambos artículos aparecieron de forma anónima en la citada revista, y así se mantuvo hasta que en 1927, como señala Albert Weinberg, el profesor Julius W. Pratt descubrió que la pluma originaria era la de O'Sullivan<sup>91</sup>. Una idea que hace referencia a un principio religioso cristiano, de hermandad entre las naciones («la nación de muchas naciones», afirma en referencia a Estados Unidos). Esta nación es así considerada, también desde la perspectiva del Ego trascendental, como lo que tradicionalmente se denominaba el «Pueblo de Dios», ahora transmutado en el Mito de la Cultura y la Nación política moderna por influencia del idealismo alemán. Como señala Gustavo Bueno parafraseando este sentir general de la época: «La nación es el pueblo de Dios y su contenido se revela a través de la cultura nacional, expresión del espíritu del pueblo»<sup>92</sup>.

Pese a que la expresión surgió por vez primera en el contexto de la Guerra de Méjico y el expansionismo norteamericano tanto hacia el Oeste como hacia el Sur (hacia el Norte, hacia el Canadá, la «madre patria Inglaterra» se lo impidió tras la guerra de 1812), la propia idea de un «destino» para Estados Unidos señalado por Dios y la Providencia no era novedosa, puesto que ya el segundo presidente de Estados Unidos, John Adams, señaló su fe en que «la Providencia se proponía utilizar

(89) John O'Sullivan, «Annexation», *The United States Democratic Review*, Volume XVII, Issue 85 (1845), pág. 5.

(90) John O'Sullivan, «The Great Nation of Futurity», *The United States Democratic Review*, Volume VI, Issue 23 (1839), pág. 427.

(91) Albert Weinberg, *Destino Manifiesto. El expansionismo nacionalista en la historia norteamericana*. Paidós, Buenos Aires 1968, pág. 114.

(92) Gustavo Bueno, *El mito de la cultura*, pág. 153.

a América para la “iluminación” y “emancipación” de toda la humanidad»<sup>93</sup>. O, como dirá Tocqueville más tarde, «Querer contener a la democracia, sería entonces como luchar contra el mismo Dios, y a las naciones no les quedaría más que acomodarse al estado social impuesto por la Providencia»<sup>94</sup>. Mucho antes, en 1616, un agente de la colonización en Nueva Inglaterra alentaba a sus conciudadanos a emprender la aventura expansionista, prohibida durante siglos por los británicos: «No debemos temer partir inmediatamente ya que somos un pueblo peculiar marcado y elegido por el dedo de Dios para poseerlas»<sup>95</sup>. John Winthrop, primer gobernador de Massachusetts, hablaba en 1628 sobre las plantaciones de Nueva Inglaterra y la necesidad de ocupar más tierras, argumentando que

«La tierra entera es el Jardín del Señor, y Él ha concedido a los hijos de los hombres, con una Condición general. [...] por qué entonces debemos permanecer aquí agobiados por la falta de lugar... y entretanto tolerar que un Continente entero, tan fecundo y conveniente para el uso del hombre permanezca baldío, sin ninguna mejora»<sup>96</sup>.

En suma, como señala el historiador Albert Weinberg:

«La misión humanitaria impuesta por la Providencia pareció tener doble carácter. Por una parte se asignaba a América la misión de preservar y perfeccionar la democracia, la misión de aplicar al gobierno la doctrina de los derechos naturales. La realización de esta excelsa tarea permitiría que América fuese inmediatamente (según las palabras de Franklin) una suerte de “refugio de quienes aman la libertad»<sup>97</sup>.

También Thomas Jefferson propuso que el sello de los Estados Unidos representara a los hijos de Israel guiados por un pilar de luz, puesto que consideraba que «el pueblo norteamericano era un pueblo elegido, dotado de fuerza y sabiduría superiores»<sup>98</sup>. Corroborando así la idea del «Pueblo de Dios», un pueblo que actúa como Ego trascendental y postula su «destino»: llevar el «evangelio democrático», ligado a la concepción de la dignidad del hombre como imagen de Dios, a los más diversos lugares. Por algo Tocqueville señala como origen de la democracia norteamericana nada menos que ser la manera en la que Dios, en una concepción histórica guiada por la Providencia, se manifiesta en su época: «Voz del Pueblo es Voz de Dios».

(93) Albert Weinberg, *op. cit.*, pág. 29.

(94) Alexis de Tocqueville, *La democracia en América*, Volumen 1, Introducción.

(95) Anders Stephanson, *Manifest Destiny. American Expansion and the Empire of Right*. Hill and Wang, New York 1995, pág. 42. Citado en M. Graciela Abarca, «El Destino Manifiesto y la construcción de una nación continental, 1820-1865», en *De Sur a Norte: Perspectivas Sudamericanas sobre Estados Unidos* 16, Vol. 8 (2007), pág. 42.

(96) Albert Weinberg, *op. cit.*, pág. 81.

(97) Albert Weinberg, *op. cit.*, pág. 29.

(98) Albert Weinberg, *op. cit.*, pág. 49.

Ligada precisamente a este monoteísmo y esta idea de la dignidad del ser humano como «imagen de Dios», la Declaración de Independencia de Virginia del 4 de Julio de 1776 proclamó los derechos que corresponden a los ciudadanos norteamericanos y los que pertenecen a todo hombre por su propia dignidad; como señala O'Sullivan: «[...] the Declaration of National Independence being entirely based on the great principle of human equality, these facts demonstrate at once our disconnected position as regards any other nation; [...]»<sup>99</sup>. Contraponiendo así el Destino Manifiesto de Estados Unidos para expandir la democracia frente a las monarquías y aristocracias del resto del mundo:

«It is so destined, because the principle upon which a nation is organized fixes its destiny, and that of equality is perfect, is universal. [...] What friend of human liberty, civilization, and refinement, can cast his view over the past history of the monarchies and aristocracies of antiquity, and not deplore that they ever existed? What philanthropist can contemplate the oppressions, the cruelties, and injustice inflicted by them on the masses of mankind, and not turn with moral horror from the retrospect?»<sup>100</sup>.

El Destino Manifiesto así formulado por O'Sullivan fundó un sistema de valores y funcionó de manera práctica arraigado en las instituciones, fue la base de la construcción de un imperio. Como señala Anders Stephanson, el Destino Manifiesto es «una tradición que creó un sentido nacional de lugar y dirección en una variedad de escenarios históricos [...], un concepto de anticipación y movimiento»<sup>101</sup>. Destino Manifiesto asimismo ligado a la Geopolítica que pone acento en el determinismo geográfico: las fabulosas arterias de comunicación que son los ríos navegables y los puertos atlánticos norteamericanos, incitaban a que Estados Unidos desarrollase su expansión imperial por Norteamérica, como si fueran una suerte de «junturas naturales» o como si el continente americano estuviera destinado a estar unido porque la geografía norteamericana así lo definía. Como afirma Albert Weinberg a propósito del reclamo de los nacientes Estados Unidos de la libertad de navegación por el río Misisipi:

«El derecho natural se basaba en la necesidad de la libre navegación para promover el desarrollo agrícola de un suelo generoso y rico, cuyo abandono sería «contrario a los inmensos designios de la Deidad». [...] También el culto Jefferson creía que no existía sentimiento grabado tan profundamente en el corazón del hombre como la convicción de que “el Océano es libre para todos los hombres, y los Ríos para todos aquellos que los habitan”. [...]»<sup>102</sup>.

(99) John O'Sullivan, «The Great Nation of Futurity», pág. 426.

(100) *Ibid.*, págs. 426-427.

(101) Anders Stephanson, *Manifest Destiny*, pág. XIV. Citado en M. Graciela Abarca, *op. cit.*, pág. 42.

(102) Albert Weinberg, *Destino Manifiesto*, págs. 36-37.

Incluso en aquella época se planteó la compra o conquista de Nueva Orleans y Florida, deduciendo que Estados Unidos tenía derecho «a la posesión del territorio costanero del hecho de que parecía como si “la naturaleza hubiese concebido para nuestro propio beneficio” el curso de los ríos que volcaban sus aguas en el Golfo después de atravesar casi exclusivamente nuestros territorios»<sup>103</sup>. De hecho, como señalan los ya citados Darwin y Cooper, el imperialismo norteamericano tiene su origen mucho antes de la independencia de los británicos, en los primeros colonos ingleses, acostumbrados a vivir en la zona de frontera del Ulster irlandés, cuyos descendientes aplicaron la misma praxis en Norteamérica frente a los indígenas americanos: «Los colonos británicos invocaban una mezcla de ideologías: los derechos de los ingleses, pero también el concepto de intervención “civilizadora”, basado en su ocupación de Irlanda y su desprecio por los «nómadas» irlandeses en contraste con el individuo dedicado a la agricultura y al propietario de tierras»<sup>104</sup>.

En las décadas de 1830 y 1840 la expansión norteamericana alcanzó un hito considerable (con la llegada a Oregón y California en tiempos de James Polk se alcanzó el Pacífico), resultado de la visión del presidente Andrew Jackson al proclamar la llamada «Edad del Hombre Común», el *common man*, y con ella la expansión de la democracia en un proceso que no tuvo parangón en el resto de América<sup>105</sup>. El «Hombre Común» dispondría de sufragio universal y de libertad para establecerse donde quisiera, lo que a la postre implicaba una expansión imperial hacia el Oeste, hacia lo que Jackson llamaría el «área de libertad»<sup>106</sup> frente a las potencias europeas autocráticas y sus ambiciones en Tejas, California u Oregón. Como señala Albert Weinberg:

«el concepto de la “extensión del área de la libertad” se generalizó como el ideal que perseguía impedir que Europa absolutista redujese el área abierta a la democracia norteamericana; la ampliación del área de “libertad” era la desafiante respuesta a la ampliación del área del “absolutismo”»<sup>107</sup>.

Así, el «área de libertad» se concebía como un freno a lo que O'Sullivan denominó como «las puertas del infierno» de la monarquía y la aristocracia:

«We point to the everlasting truth on the first page of our national declaration, and we proclaim to the millions of other lands, that “the gates of hell” —the powers of aristocracy and monarchy— “shall not prevail against it”»<sup>108</sup>.

(103) Albert Weinberg, *op. cit.*, pág. 41.

(104) Jane Burbank y Frederick Cooper, *Imperios*, pág. 345.

(105) Constantin von Barloewen, «El Ulises criollo y el Destino Manifiesto: la dialéctica del doble continente americano en América Latina y Norteamérica», *Signo y Pensamiento*, XXIX, 56 (2010), pág. 411.

(106) Albert Weinberg, *Destino Manifiesto*, pág. 112.

(107) *Ibid.*

(108) John O'Sullivan, «The Great Nation of Futurity», pág. 427.



Ni siquiera la Guerra Civil Norteamericana frenará el expansionismo hacia el Oeste ni la idea del Destino Manifiesto. según afirmaba un pastor en Filadelfia, tras la guerra el país renacería y se convertiría en «una montaña sagrada para la diseminación de luz y pureza a otras naciones»<sup>109</sup>. Sin embargo, finalizado el avance hacia el Oeste y alcanzada la última frontera con el fin del siglo XIX, la idea fundamental que había dirigido la Historia de Estados Unidos, el Destino Manifiesto, pareciera haber caducado.

---

## § 5. Corrupciones en el ortograma imperial norteamericano

---

Pese a que O'Sullivan, irlandés y en consecuencia de orígenes católicos, señaló que Estados Unidos era el resultado de la confluencia (*catábasis*) de diversos pueblos, pronto apareció, ligado al Destino Manifiesto, un tópico que supondremos una corrupción ideológica del ortograma imperial norteamericano: la superioridad de la raza anglosajona norteamericana (mayoritaria entre los colonos originarios, aunque no única) y las actitudes despectivas hacia indios, negros y mejicanos, que sin embargo en la práctica no fueron tratados igual. Según Reginald Horsman, este tópico se vincula con el racismo anglosajón teutónico y la supremacía aria que se desarrolló en la Inglaterra del siglo XVI, que en el contexto del Romanticismo europeo ensalzaba a los sajones (al pueblo británico anterior a la invasión normanda de 1066)<sup>110</sup>.

De esta manera, el momento nematológico de la democracia como gobierno del pueblo, como *Voz de Dios* («El pueblo reina sobre el mundo político americano como Dios sobre el universo»<sup>111</sup>, afirma Tocqueville literalmente), se confunde con el momento tecnológico de lo que fue la democracia municipal de los *pilgrims* en tiempos de las trece colonias, una democracia procedimental «orgánica»<sup>112</sup> y no capitativa<sup>113</sup>, un gobierno popular directo que desde el momento nematológico es muchas veces confundido

---

(109) Anders Stephanson, *Manifest Destiny*, pág. 65. Citado en M. Graciela Abarca, *op. cit.*, pág. 53.

(110) Reginald Horsman, *La raza y el destino manifiesto. Orígenes del anglosajonismo racial norteamericano*. Fondo de Cultura Económica, Madrid 1985, págs. 11-32.

(111) Alexis de Tocqueville, *La democracia en América*, Volumen 1, Primera Parte, Capítulo IV.

(112) «En el municipio, como en todo lo demás, el pueblo es la fuente de los poderes sociales, pero en ninguna parte ejerce su poder de forma tan inmediata como en él. En América el pueblo es un amo al que ha habido que complacer hasta el límite de lo posible. [...] Las funciones públicas, extremadamente numerosas, se hallan muy divididas en el municipio, como veremos más adelante; sin embargo, la mayor parte de los poderes administrativos está concentrada en las manos de un corto número de individuos que se eligen cada año, llamados *select-men*». Alexis de Tocqueville, *La democracia en América*, Volumen 1, Primera Parte, Capítulo V.

(113) Gustavo Bueno, «Algunas precisiones sobre la idea de “holización”», *El Basilisco*, nº 42 (2010), pág. 78.

por Tocqueville con la democracia republicana, a escala nacional<sup>114</sup>. De esta manera, la democracia quedaba restringida a los hombres blancos descendientes de los primeros pobladores y generaciones posteriores, y excluía a los indios y negros como seres degenerados, cuyas diferencias los convertían en inasimilables por la naciente democracia en virtud de la idea de esa supremacía racial, pues como apostilla Tocqueville: «¿Acaso no se diría, viendo lo que pasa en el mundo, que el europeo es a los hombres de las otras razas lo que el propio hombre a los animales? Los utiliza en su provecho, y si no puede doblegarlos, los destruye»<sup>115</sup>.

Sumado a todo ello, las investigaciones pseudocientíficas del siglo XIX afirmaban la superioridad del hombre blanco, ya fuera por la frenología o la sangre como determinación de la raza. Así, el tópico se popularizó en Estados Unidos: eran anglosajones originales los norteamericanos que habían recuperado las libertades durante la guerra de la independencia, enfrentados a los decadentes «normandos» británicos, los denominados más tarde WASP (*White Anglo Saxon Protestants*), que consideraremos una suerte de derecha no alineada con el Antiguo Régimen ligada a estas cuestiones de supremacía racial<sup>116</sup>. Circunstancia que, sin embargo, no impidió que Estados Unidos fuera una nación moderna, sin referencias al Antiguo Régimen.

De hecho, el proceso de racionalización por holización<sup>117</sup> que constituye la esencia de la Nación política moderna, del estado nacional, tuvo lugar en Estados Unidos precisamente realizando el «lisado» sobre quienes no encajaban en el modelo democrático norteamericano, principalmente los indígenas y en menor medida los esclavos negros, colectivo por otra parte poco numeroso y focalizado principalmente en el sureste norteamericano. Además, el proceso de holización de la sociedad política norteamericana no fue simplemente pasar de un reino a una nación política, como en el caso de la Francia revolucionaria, sin perjuicio de partir de una declaración de independencia que postuló la igualdad del género humano (de carácter *diatética*) sino la extensión del «área de libertad» a costa de quienes ya eran «primeros ocupantes», principalmente los indígenas y también los «españoles americanos» de Florida, Nuevo Méjico o California, mediante procedimientos *adiatéticos* como la guerra o incluso, en el caso de los indígenas, el exterminio (en este caso, no explícitamente planeado) en sus distintas modalidades<sup>118</sup>.

---

(114) Ver la distinción entre el momento tecnológico y el momento nematológico de las instituciones en Gustavo Bueno, *El fundamentalismo democrático*, págs. 115-117.

(115) Alexis de Tocqueville, *La democracia en América*, Volumen 1, Segunda Parte, Capítulo X.

(116) Gustavo Bueno, *El mito de la derecha*. Temas de Hoy, Madrid 2008, pág. 263.

(117) Gustavo Bueno, *El mito de la izquierda*, págs. 105-128.

(118) Gustavo Bueno, «Algunas precisiones sobre la idea de “holización”», págs. 68 y ss.

Así, los negros fueron considerados *de facto*, tras la Guerra Civil y por aproximadamente un siglo, como ciudadanos de segunda clase, y los indios fueron segregados de la ciudadanía en virtud de la idea de esa supremacía racial, pero también en virtud de la propia idea de holización característica de las sociedades modernas: no puede consentirse un Estado dentro del Estado, o una casta independiente al estilo de las que había en el Antiguo Régimen. Los indígenas americanos sólo podían acceder a la ciudadanía abandonando sus tribus. Como señalan Burbank y Cooper, en 1871 el Congreso norteamericano, en virtud de las propias leyes estadounidenses, negó cualquier derecho a toda nación o tribu india a ser reconocida como poder independiente. Como es lógico, ninguna nación de ciudadanos iguales ante la ley puede reconocer la existencia de una casta privilegiada, con autonomía o soberanía aparte respecto a la nación, sin que la propia nación sufra menoscabo; una traducción de la política de Estados Unidos *de facto* ante los indios<sup>119</sup>. En consecuencia, los indios que no aceptaron someterse al imperio de la ley fueron metidos en reservas, literalmente en zonas de exclusión<sup>120</sup>.

Finalmente, en 1924 logró aplicarse de manera efectiva la XIV Enmienda constitucional: «todos los indios estaban bajo la jurisdicción de Estados Unidos, y, por lo tanto, eran ciudadanos»<sup>121</sup>. Ese trato a los indígenas tampoco fue privativo de Estados Unidos: es muy común comprobar que, incluso en fechas muy recientes, han vivido diversos países hispanoamericanos que tras la independencia de la Monarquía Hispánica y que reorganizaron el espacio soberano del que dispusieron tras la transformación del Imperio Español: los indígenas, como casta proveniente del Antiguo Régimen, no tenían cabida como tales dentro de las nuevas sociedades políticas dirigidas por criollos (caso de Argentina, por ejemplo), por españoles americanos; ergo, una vez que no aceptaban tal destino, sólo les quedaba la opción de la deportación o el exterminio.

Podría pensarse entonces, viendo la suerte corrida por los indígenas, que los mejicanos que acabaron residiendo en Estados Unidos por la anexión de Tejas, Nuevo Méjico y California, sufrirían idéntico destino. Sin embargo, pese a los más pesimistas augurios que se pudieran deducir de esta tendencia, los mejicanos norteamericanos no fueron metidos en reservas ni en campos de concentración, sino que, en virtud de lo acordado en el Tratado de Guadalupe-Hidalgo de 1848 que puso fin a la guerra entre Méjico y Estados Unidos de 1846, a los mejicanos de las regiones anexionadas les fue concedida la ciudadanía estadounidense, bajo la forma de un proceso de naturalización colectiva<sup>122</sup>. Los mejicanos, sorprendentemente para nuestro punto

de vista actual, fueron considerados «españoles» y herederos del gobierno «monárquico y autocrático» español.

Eran vistos en consecuencia como un freno a la expansión de la democracia norteamericana, del «área de libertad». Como destaca David Weber, los norteamericanos creían fervientemente que las supremas instituciones y raza anglosajonas contribuirían a redimir (literalmente, a cumplir una «misión regeneradora») a unos mejicanos que la propaganda considerada vagos e indolentes (por haber sido moldeados en un régimen monárquico, autocrático diremos nosotros, tomando referencia en las ideas del ambiente norteamericano de la época)<sup>123</sup>. Así, el sistema de valores del Destino Manifiesto opondrá el gobierno republicano, democrático y norteamericano, que forja hombres audaces y laboriosos, felices, frente al gobierno autocrático, monárquico, que forma hombres indolentes e infelices, una suerte de fundamentalismo democrático que encuentra en sus instituciones la fuente de todos los valores<sup>124</sup>. Y, como bien sabemos, las instituciones como «figuras del hacer humano» no son neutras sino que son axiológicas, están ligadas a valores<sup>125</sup>. Precisamente, alguna de las canciones de la Guerra de Méjico de 1846 a 1848 se refería a «la doncella española», el complemento ideal al guerrero sajón norteamericano, en contraposición a su pareja, el «español» que «hundido en la pereza/No siente deseos de amor», pues su vida se reduce a «una siesta (una docena de veces al día)»<sup>126</sup>. Es obvio que la «misión regeneradora» debía convertir en hombres laboriosos a los «holgazanes hispanos».

La integración de los mejicanos fue fluida, con trasvase de población mejicana hacia el norte y «sajona» hacia el sur. La elite terrateniente mejicana de Tejas, ya desde los comienzos de la guerra de 1846, mantuvo su posición casando a sus hijas con los caballeros «sajones» que habían conquistado el territorio, lo que David Montejano denomina como «una especie de feudalismo económico, social y político que no era necesariamente resentido por aquellos que se sometían a él»<sup>127</sup>. Por lo tanto, no habría una supremacía racial definitiva (de hecho, Horsman no habla de racismo

(123) David Weber, *The Mexican Frontier 1821-1846. The American Southwest under Mexico*. University of New Mexico Press, Albuquerque 1982, págs. 158-178.

(124) «Un fundamentalista democrático se reconocerá ante todo porque él tiene la convicción de que la democracia parlamentaria es la forma más perfecta a la que ha podido llegar la sociedad política, considerando que las sociedades no democráticas son sociedades atrasadas, arcaicas y en vías de extinción; en rigor no serían verdaderas sociedades políticas» Gustavo Bueno, *Panfleto contra la democracia realmente existente*. La Esfera de los Libros, Madrid 2004, pág. 37.

(125) Gustavo Bueno, «Ensayo de una teoría antropológica de las instituciones», *El Basilisco*, n° 37 (2005), pág. 29.

(126) «They wait for us», en William M' Carty (comp.), *National Songs, Ballads, and Other Patriotic Poetry, Chiefly Relating to the War of 1846*. Filadelfia, 1846, pág. 45. Citado también en Reginald Horsman, *op. cit.*, pág. 319.

(127) David Montejano, *Anglos and Americans in the Making of Texas, 1836-1936*. University of Texas, Austin 1987, pág. 72. Citado en M. Graciela Abarca, *op. cit.*, pág. 51.

(119) Jane Burbank y Frederick Cooper, *Imperios*, 364-65.

(120) *Ibid*, págs. 361-62.

(121) *Ibid*, pág. 369.

(122) Jane Burbank y Frederick Cooper, *Imperios*, pág. 363.

sino de «racionalismo», debido a la confusión existente en los escritores norteamericanos entre raza, nación e idioma<sup>128</sup>) y, en definitiva, la idea de que las instituciones democráticas, emparentadas en plena ola romántica con los sajones, habrían de ser llevadas a todos los pueblos de La Tierra para regenerarlos.

---

## § 6. El imperio comercial: de las dos Guerras Mundiales y la Guerra Fría a la actualidad

---

John O'Sullivan, el acuñador del «Destino Manifiesto», falleció en el anonimato en 1895. Coincidiendo con esa época, la idea que fundó entraría en el debate político nuevamente ante la posibilidad de un conflicto armado con España, de quien Estados Unidos anexaría Cuba y Filipinas. La expansión territorial norteamericana hacia el Océano Pacífico y el Istmo de Panamá habían cambiado el sentido de la misión providencial, mostrando una nueva modulación de la idea del Destino Manifiesto, una vez alcanzada la costa del Pacífico y controlado el Istmo de Panamá: de un imperio «territorial» se pasaría a un imperio «comercial», tal como lo concibió William Henry Seward alrededor de 1850, miembro del Partido *Whig* y Secretario de Estado en los gabinetes de Abraham Lincoln y Andrew Johnson, de 1861 a 1869<sup>129</sup>.

Según Seward, el comercio produciría «influencia» en otros pueblos mediante el intercambio de productos, y ello resultaría en el beneficio inmediato de los pueblos más avanzados y el beneficio a largo plazo de los más retrógrados (la idea del *ejemplarismo* señalada en el epígrafe 3.b); de hecho, inspirándose en Seward, el presidente Theodore Roosevelt tomará esta idea a comienzos del siglo XX como la delimitación entre civilización (Estados Unidos) y barbarie (Sudamérica)<sup>130</sup>. Nueva York, el «Estado Imperial» (*Empire State*), la ciudad en la que nació Seward y donde fue gobernador, sería el centro financiero de un sistema de comercio global y el dólar su moneda. Y el área crucial de ese comercio era Asia junto al Caribe. Así, Seward apoyó la adquisición de Hawaii, la obra del canal de Panamá y la compra de Alaska. Pero la concepción de William Henry Seward superaba la de un vulgar imperio comercial: su plan geo-económico se encuadraba dentro de una visión universal de la cristiandad y el progreso de la historia del mundo, dentro de la misma misión providencialista del Destino Manifiesto.

Paralelamente, en 1852 surgió la *American Revolutionary League for Europe*, formada por un grupo de inmigrantes de origen alemán, con vistas a extender el

ideario democrático en Europa, pero también en el resto del mundo. De hecho, dos de los miembros de esta Liga, Theodore Poesche y Charles Goepff, en su libro publicado un año después, en 1853, *The New Rome, or the United States of the world*<sup>131</sup>, además de hacer referencia a los tópicos «racionalistas» de la época y destacar que Estados Unidos estaba ocupando, especialmente en Asia, el papel de «gran comerciante» que habitualmente se reservaban para sí los ingleses, afirmaban que, «Inglaterra, aunque no lo supiera, estaba activamente dedicada a extender el imperio anglosajón de América»<sup>132</sup>, con centro en Estados Unidos. Una vez abarcadas esas colonias británicas, incluyendo al codiciado Canadá e incluso Australia mediante una pequeña extensión (literalmente «*a little stretch*») de la Doctrina Monroe<sup>133</sup>, como América es, a juicio de los autores, el centro natural de un imperio anglosajón oceánico, la lengua inglesa pronto se convertiría en «la lengua del imperio», por usar la tan distorsionada expresión de Antonio de Nebrija, el idioma global de la Humanidad:

«Rome has left a legacy of her power, in her language, to all the nations that once owned her sway. The New Rome will universalize the tongue which “proclaimed liberty to the nations, and to the people thereof. The English language is manifestly destined for all mankind. At this day it is spoken in England by twenty-seven millions of people; the Celtic idioms of Wales, the Scotch Highlanders, and Ireland, are dead or dying. The English colonies unite in adopting the parent tongue, not even excepting Canada, which, in its origin, was exclusively French. In India, one hundred and twenty millions of souls are learning it. A new England is growing up in Australia. In the United States, however, the process is most interesting; here the English is the received organ of intercourse among twenty-five millions of people, of the most heterogeneous extraction. Spanish, French, Dutch, and German, are compelled to give way before it. Its onward progress is, of course, as rapid as that of the American people. It leads the way in the Sandwich Islands, and the Chinese are learning it in California, to carry it to the Celestial Empire. No language on earth receives so much attention from foreigners as the English: some millions of emigrants in the United States are bent upon acquiring it. In Germany, the study of English, until within the last five years, was limited, and bore no proportion to that of the French. At present it receives close attention from all the friends of freedom, and from all who desire to emigrate, the French having been cast into the shade. The number of those who converse in this idiom is now estimated at seventy millions, while, a hundred years ago, it was just seven millions, a progress surely without a parallel. None of the languages of civilized Europe is

---

(131) Theodore Poesche y Charles Goepff en *The New Rome: The United States of the World*, G. P. Putnam & Co., New York 1853.

(132) Reginald Horsman, *La raza y el destino manifiesto*, pág. 402.

(133) «If the Australians should be hard pushed, the emigrants from California—who are certainly determined not to submit to British dictation while they can exercise an influence in the States—would suffer with them, and the American people first, and the American government after them, would come to their aid. A little stretch of the Monroe doctrine alone would require such a cause». Theodore Poesche y Charles Goepff, *op. cit.*, pág. 80.

---

(128) Reginald Horsman, *La raza y el destino manifiesto*, pág. 223.

(129) Yeni Castro Peña, *El mito Roosevelt para América Latina, 1901-1909*. Editorial Abya Yala, Quito 2007, pág. 28.

(130) Yeni Castro Peña, *op. cit.*, pág. 48.

used by so many individuals as this. The English literature already exerts an overpowering influence over all the other literatures of the world. *Nothing is more certain than that the English language will extend over all the earth, and will very shortly become the common medium of thought -the language of the world*<sup>134</sup>.

Como vemos, este modelo de «imperio comercial» supone una forma de lo que hoy día denominamos como «globalización»: un imperio dueño del comercio internacional y con el inglés como idioma universal, germen de lo que más adelante se denominará como expansión del denominado *american way of life*, el modo de vida americano, a todo el mundo, lo que Gustavo Bueno ha denominado como Modelo 2 de la Idea de Globalización, una globalización generalizada y expansiva: «Universalización del *American Way of Life*, en tanto comporta la expansión de un sistema político, de una lengua, de una forma de familia, de unas costumbres, de una determinada arquitectura doméstica, de una moral y de una religión»<sup>135</sup>. Si las tendencias «anglosajonistas» del siglo XIX ofrecían dudas sobre el carácter del Imperio norteamericano, la expansión de este *american way of life* a todo el planeta no deja lugar a dudas sobre el carácter de Imperio generador característico de Estados Unidos. La expansión del «modo de vida americano» no puede considerarse una norma depredadora sino precisamente una forma de «elevar» a otros pueblos al nivel alcanzado por Estados Unidos.

De hecho, tras derrotar a España en 1898 y anexionarse Cuba, las Filipinas y otros archipiélagos del Pacífico, los Estados Unidos desarrollarán durante el siglo XX su idea de imperio comercial siguiendo las pautas de Seward, difundiendo los productos mercantiles norteamericanos por todo el planeta y las instituciones democráticas a ellos ligadas, sobre todo tras la Segunda Guerra Mundial, y convirtiendo así ese *american way of life* en el modelo a seguir de la práctica totalidad del mundo. Como profundiza Gustavo Bueno: «La originaria política de aislamiento, nada globalizadora, de Estados Unidos (que no rebasó el proyecto de expansión monrroista por los continentes americanos) fue variando poco a poco a lo largo de los siglos XIX y XX. Variación que desembocó, tras la Segunda Guerra Mundial, sobre todo, en un proyecto deliberado de Globalización generalizada, de carácter claramente expansivo, orientado a mantener la presencia americana en todo el Mundo. Y no sólo esto, sino a propagar por toda la superficie de la Tierra la forma americana del vivir (*American Way of Life*). Una forma que, como hemos dicho, afecta a prácticamente la totalidad de instituciones del “todo complejo”: incluye determinados prototipos de viviendas, de alimentación, de indumentaria, de utillaje electrodoméstico, de estilos

de música, de estilos de investigación científica, así como también prototipos político-sociales (democracia parlamentaria, familia monógama, deísmo)»<sup>136</sup>.

Sin embargo, es posible distinguir, aunque sea sólo por mera disociación respecto a este modelo, otra modulación de la idea de Globalización que se encuentra ligada a la trayectoria de Estados Unidos, lo que Gustavo Bueno denomina como Modelo 1, o «modelo unilineal expansivo de globalización», donde el objetivo es llevar la democracia a todas las sociedades del mundo<sup>137</sup>, como derivación de lo sucedido en el conflicto con Méjico, donde se consideró que las instituciones democráticas servirían para regenerar a una sociedad mejicana considerada «autocrática». Así, en los prolegómenos de la Gran Guerra, el Presidente Woodrow Wilson, que afirmó haber sido elegido por Dios para guiar a Estados Unidos a la hora de enseñar a las naciones del mundo la forma de caminar por los senderos de la libertad, se propuso que los norteamericanos condujesen el «liderazgo internacional»<sup>138</sup>.

En el cambio de siglo, se puso muy en boga en los organismos oficiales norteamericanos la idea del «poder de policía»<sup>139</sup> que encarnaba Estados Unidos en el continente americano, a propósito del Canal de Panamá o su mediación en los conflictos con Venezuela por los límites con la Guayana Británica o con Méjico, anticipo de este «liderazgo internacional» que constituye una nueva modulación del Destino Manifiesto ya citada; antes de ser presidente, afirmó en un artículo del *Atlantic Monthly* en 1902 que «Se abre ante nosotros una nueva etapa durante la cual, según parece, debemos dirigir al mundo»<sup>140</sup>. Justamente, una vez que Estados Unidos derrota a las potencias centrales europeas en la Primera y la Segunda Guerra Mundial, la idea de llevar la democracia como mejor forma de gobierno posible, ligada a la expansión de ese imperio comercial (que, desde la perspectiva del materialismo filosófico no cabría disociar, puesto que el mercado plétórico de bienes es condición necesaria para la existencia de una democracia «homologada»<sup>141</sup>, chocará con una Unión Soviética a la que se aplicará una política de contención, la propia de la denominada «coexistencia pacífica» entre dos imperios generadores, EEUU y URSS<sup>142</sup>, hasta su agotamiento final, en 1991.

Pareciera entonces consumada de forma definitiva la idea del Destino Manifiesto, formulada por Francis Fukuyama como la era del famoso «Fin de la Historia», el mejor ejemplo del citado Modelo 2, pues «trazó las líneas de este modelo de globalización como si se tratase

(134) Theodore Poesche y Charles Goepp, *op. cit.*, págs. 177-178.

(135) Gustavo Bueno, *La vuelta a la caverna*, pág. 228.

(136) Gustavo Bueno, *La vuelta a la caverna*, pág. 233.

(137) Gustavo Bueno, *La vuelta a la caverna*, págs. 232-233.

(138) Albert Weinberg, *Destino Manifiesto*, págs. 418 y ss.

(139) Albert Weinberg, *op. cit.*, pág. 405.

(140) Albert Weinberg, *op. cit.*, pág. 429.

(141) Gustavo Bueno, *Panfleto...*, págs. 185-190.

(142) Gustavo Bueno, *Principios de una teoría filosófico político materialista*. 3, §. 3.

de la última posibilidad de una globalización efectiva y, por tanto, del fin de la historia. De hecho, lo que hoy va reconociéndose casi universalmente como “Imperio norteamericano” es el cauce de globalización más ceñido al Modelo 2 que podríamos citar»<sup>143</sup>.

Y así parecía funcionar a la perfección el «repertorio imperial» del Destino Manifiesto en el mundo posterior a la Segunda Guerra Mundial y especialmente en los años posteriores al fin de la Guerra Fría, pero el mundo globalizado resultante del fin de la Guerra Fría se mostró inestable e impredecible. Un nuevo escenario político, descrito por Huntington como el de las *civilizaciones*, anunciaba un mundo cuyo paradigma ya no sería dual como el de la Guerra Fría sino tremendamente multipolar, donde los límites del imperio norteamericano comenzarían a ser claramente marcados. Como afirmaba Huntington en la temprana fecha de 1996: «En el futuro, con unas fuerzas significativamente reducidas, los Estados Unidos tendrán difícil llevar a cabo una intervención, y mucho más dos, contra potencias regionales fuera del hemisferio occidental. La seguridad militar en todo el mundo depende cada vez más, no de la distribución planetaria del poder y de las acciones de las superpotencias, sino de la distribución del poder dentro de cada región del mundo y de las acciones de los Estados centrales de las civilizaciones»<sup>144</sup>.

Precisamente, tras los atentados del 11 de Septiembre de 2001, fue el modelo unilineal expansivo de globalización, o Modelo 1, el abanderado por el presidente norteamericano George Bush II en la forma de lo que denominó como «revolución democrática global», «porque, de hecho, la democracia parlamentaria es entendida como si fuera el único sistema político capaz de garantizar la unidad y la paz para el futuro, y con un sistema incompatible con cualquier otro»<sup>145</sup>. Una suerte de fundamentalismo democrático canónico, al menos si este Modelo 1 no se ve complementado con los contenidos del Modelo 2, del *american way of life* de las democracias de mercado plétorico.

No pocas han sido las críticas a esta «revolución democrática global», que se considera derivada del Destino Manifiesto. Así, como señala el periodista y miembro del Consejo Asesor de Política Exterior Norteamericana, William Pfaff, al comienzo el Destino Manifiesto fue algo inofensivo, pues el país se mantuvo aislado de los problemas internacionales. Pero con Woodrow Wilson las cosas cambiaron:

«El mito nacional se convirtió en una filosofía de intervención internacional, y así ha permanecido.

En la gran crisis de la Primera Guerra mundial, EEUU, y Wilson en particular, se encomendaron esas funciones internacionales supuestamente providenciales; Wilson aseguraba que creía haber sido elegido por Dios para guiar a EE UU a la hora de enseñar “a las naciones del mundo la forma de caminar por los senderos de la libertad”. La carnicería y la inutilidad de la guerra destruyeron por completo el orden europeo existente y minaron la confianza en la civilización europea. Los aliados europeos recibieron con entusiasmo la intervención estadounidense en 1917, que modificó el equilibrio militar, y el Plan de Catorce Puntos de Wilson para la paz sedujo tanto a los pueblos de los poderes centrales como a los aliados y los neutrales»<sup>146</sup>.

Según el periodista William Pfaff, esta idea del Destino Manifiesto es perjudicial y contrapuesta a la de la contención característica de la Guerra Fría, desarrollada por el asesor de la Casa Blanca George Kennan. Pfaff observa con cierto estupor que la fructífera política postbélica estadounidense de contención soviética se ha convertido en un proyecto de «acabar con la tiranía en el mundo»<sup>147</sup>. Como alternativa, Pfaff señala las propias ideas de Kennan de la contención, puesto que él «no creía que la democracia al estilo de Norteamérica y de Europa occidental se pudiera imponer a escala internacional»<sup>148</sup>. Por último, recuerda que junto a su colega Edmund Stillman, ambos concluyeron tiempo atrás que

«la obsesión estadounidense con la potencia comunista soviética estaba llevando a una versión americana del historicismo marxista y del mesianismo ideológico. Decíamos que Washington había caído bajo la influencia de “la política ideológica de los años treinta y el fervor moral de la Segunda Guerra mundial”, al asumir que nosotros y la Rusia soviética luchábamos, por así decirlo, por el alma del mundo»<sup>149</sup>.

Pero lo cierto es que esta separación entre las ideas diapolítica y metapolítica del Imperio norteamericano, que Pfaff manifiesta en su artículo, omite que la contención de Kennan llevaba implícita precisamente la idea metapolítica del Destino Manifiesto, puesto que la Guerra Fría se diseñó desde Estados Unidos como la lucha contra la URSS, considerada un estado ilegítimo, destinado a desaparecer por ser una forma del clásico despotismo oriental: Kaplan afirma literalmente que el telón de acero comunista sobre las naciones de Europa del Este, con ciertos matices, fue considerado durante la Guerra Fría «una variación del despotismo oriental a través de los regímenes comunistas a los que estuvieron sometidas»<sup>150</sup>.

(146) William Pfaff, «El destino manifiesto de EEUU: ideología y política exterior», *Política Exterior*, 117 (2007), pág. 60.

(147) William Pfaff, «El destino manifiesto de EEUU», págs. 57-58.

(148) *Ibid*, pág. 65.

(149) *Ibid*, pág. 66.

(150) Robert D. Kaplan, *La venganza de la Geografía*, págs. 35-36.

(143) Gustavo Bueno, *La vuelta a la caverna*, pág. 233.

(144) Samuel P. Huntington, *El choque de civilizaciones*, págs. 106-107.

(145) Gustavo Bueno, *La vuelta a la caverna*, pág. 233.



---

## § 7. Conclusión. El «Destino Manifiesto» de Estados Unidos como idea *aureolar*

---

A lo largo de este trabajo hemos ido reconstruyendo diversos momentos de la trayectoria de Estados Unidos y de su ortograma, el Destino Manifiesto. Un ortograma que, según ha ido presentando sus diversas modulaciones, habría que calificarlo como de carácter *aureolar*, esto es: desde que O'Sullivan lo formuló explícitamente en 1845 hasta nuestros días, ha tenido lugar un desarrollo del Imperio norteamericano muy notable, pero su realización dista mucho de haber sido completa. Es más, diríase que para poder realizarse esa idea del Destino Manifiesto habrá que contemplar un futuro no definido, siendo la propia idea de «Destino» una idea práctica, «cuyo contenido intensional, planes o programas, pide la realización sucesiva, pero plena, que no tiene por qué cumplirse instantáneamente»<sup>151</sup>. Como detecta con buen criterio Gustavo Bueno, la «parte virtual» de esta idea, pese a ser supuesta irrealizable,

«es constitutiva, supuesta su realidad, del sentido de la parte real. Éste suele ser el caso de las ideas políticas en las cuales figura el concepto de “destino” como constitutivo formal del proyecto presente». Tal es el caso de la idea del Destino Manifiesto, una idea *aureolar* que Gustavo Bueno señala afirmando que «hacia 1845, John L. Sullivan propuso, para Estados Unidos, la doctrina del “destino manifiesto”: Estados Unidos tiene la misión de llevar la libertad a nuevos territorios. Doctrina invocada una y otra vez por Estados Unidos en momentos políticos básicos, por ejemplo, en el momento de la proclamación de Puerto Rico como un Estado libre asociado»<sup>152</sup>.

Recordemos que el propio O'Sullivan, en «The Great Nation of Futurity» señala que el futuro será el de la grandeza norteamericana; esto es, la realización del Destino Manifiesto lo será en un futuro no definido (en un siglo serían trescientos millones los norteamericanos, como calculó en 1845):

«And whosoever may hold the balance, though they should cast into the opposite scale all the bayonets and cannon, not only of France and England, but of Europe entire, how would it kick the beam against the simple, solid weight of the two hundred and fifty, or three hundred millions -and American millions- destined to gather beneath the flutter of the stripes and stars, in the fast hastening year of the Lord 1945!»<sup>153</sup>

Desde esta perspectiva, hay que considerar que la idea del Destino Manifiesto no está agotada, menos aún para sus más perspicuos defensores, puesto que

---

(151) Gustavo Bueno, *La vuelta a la caverna*, pág. 258.

(152) Gustavo Bueno, *La vuelta a la caverna*, pág. 259.

(153) John O'Sullivan, «Annexation», pág. 10.

su ortograma no está realizado, como no ha llegado a realizarse el catolicismo universal ni tampoco se realizó el comunismo universal. La Historia, pese a Fukuyama, dista mucho de haber concluido (es más, se diría que comienza precisamente en el momento que existe una conexión efectiva entre las partes del mundo globalizado)<sup>154</sup>. En consecuencia, Estados Unidos aún opera siguiendo ese ortograma del Destino Manifiesto a la hora de reorganizar su mapa mundi imperial. De hecho, para Robert Kaplan, los problemas fundamentales de la geopolítica norteamericana son triples: el problema de Oriente Medio, una China en alza y una frontera con Méjico problemática, entre lo que nosotros denominamos como plataforma continental hispánica con la plataforma anglosajona. Esto es: Estados Unidos sigue, siguiendo la propia idea del Destino Manifiesto, mirando, como «lugares naturales», hacia América y el continente euroasiático: «podemos llegar a la conclusión de que Estados Unidos se enfrenta a tres dilemas geopolíticos primordiales: un caótico corazón continental euroasiático en Oriente Medio, una superpotencia china arrolladora y en alza, y un Estado mexicano con graves problemas. Y la manera más eficiente de acometer el desafío que supondrá hacer frente a China y México es adoptando una gran cautela a la hora de implicarnos militarmente en Oriente Medio»<sup>155</sup>.

El ensanchamiento del Canal de Panamá culminado en el año 2014, justo en el centenario de su inauguración, invita a pensar que el Destino Manifiesto seguirá escribiéndose quizás ya no de este a oeste como sucedió en el siglo XIX, pero seguirá mirando tanto hacia Asia, de donde vendrán los nuevos barcos chinos que transitarán el canal<sup>156</sup>, como hacia el Atlántico y los problemás ya señalados, con China como principal amenaza una vez caída la URSS, ya que «aun en el caso de un caos socioeconómico, permanecerá en el centro neurálgico de la geopolítica. Retomando la opinión de Mackinder, China combina una extrema modernidad de tipo occidental con una civilización hidráulica, similar a las del antiguo Oriente y Oriente Próximo: ejerce un control central, con un régimen que construye grandes obras hidráulicas y de ingeniería que requieren el trabajo de millones de personas. Esto hace de China un país tenaz y dinámico, aunque no al estilo de las democracias occidentales»<sup>157</sup>. De ahí que Estados Unidos intente frenarla rodeándola mediante operaciones militares como las de Afganistán e Iraq. Una China que intenta convertirse también en potencia marítima, pero aún se encuentra encajonada por varios «estados pivote»: se encuentra en conflicto con

---

(154) Gustavo Bueno, «Estado e Historia (En torno al artículo de Francis Fukuyama)», *El Basilisco*, nº 11 (1992), págs. 3-27.

(155) Robert D. Kaplan, *La venganza de la Geografía*, pág. 401.

(156) «Esta certeza acabará de afianzar el ensanchamiento del canal de Panamá previsto para 2014, que abrirá la cuenca del Caribe a los megabuques de Asia oriental, cosa que contribuirá a un mayor desarrollo de las ciudades portuarias estadounidenses del golfo de México, desde Texas a Florida». Robert D. Kaplan, *op. cit.*, pág. 409.

(157) Robert D. Kaplan, *op. cit.*, págs. 252-253.

Filipinas, Taiwán y Vietnam por la posesión de diversas islas del Pacífico. Se da la circunstancia de que todos los citados países son aliados norteamericanos, lo que junto a las «avanzadillas» norteamericanas en Oceanía (Isla de Guam, las Palaos, las Marianas del norte, Salomón, Marshall o las Carolinas) constituye un freno y envolvimiento de cualquier predominio naval chino<sup>158</sup>.

Postulada la rivalidad de EEUU y China, el lado hacia el que se incline la India determinará la geopolítica de Eurasia en el siglo XXI, pues se trata del último estado pivote del anillo continental de Spykman, dentro de un subcontinente que incluye a Paquistán, Nepal y Bangladesh, formando «la zona geopolíticamente menos estable del mundo»<sup>159</sup>, con el añadido de las armas nucleares y el estado de Cachemira en disputa con Paquistán y la polémica de China por el Tíbet, un escenario geográfico cerrado e inquietante<sup>160</sup>. Junto al subcontinente hindú, Irán constituye otro estado pivote por su influencia en las antiguas repúblicas soviéticas del Cáucaso y Asia Central, gracias a los enormes contingentes de turcos azeríes en su seno<sup>161</sup>. Sumado a todo ello Turquía, que con Erdogan ha ido progresivamente islamizándose, pero aún hoy miembro de la OTAN y colaborador de Estados Unidos en Iraq con incursiones contra los kurdos, etnia mayoritaria en la frontera turca con los iraquíes. Un Iraq que hoy es protagonista junto a Siria de un serio conflicto del que ha surgido el denominado «Estado Islámico», área que ya antes del surgimiento de este califato de nuevo cuño fue considerada por Kaplan en el punto de mira de los yihadistas, pues Alepo, hoy un núcleo urbano castigado severamente por la guerra, está más cerca de Mosul y Bagdad que de un Damasco circunscrito al mundo árabe sunní<sup>162</sup>.

Un Destino Manifiesto que, como observamos, sigue guiando a los norteamericanos en oposición a quienes, también de manera *aureolar*, «imaginan» una posible etapa histórica donde no habrá imperios, casi lindando con el Modelo 4 de globalización, una «globalización negativa» o antiglobalización<sup>163</sup>, en tanto que podrían imaginar, aun teóricamente, estar alejados de la malvada *hybris* generada por las voluntades de poder que pretenden imperar sobre el mundo. Tal es el caso de Burbank y Cooper:

«Como individuos y como colectividades, imaginamos futuros diferentes, hacemos elecciones y nos enfrentamos a sus consecuencias. Son posibles nuevas formas distintas de soberanía estratificada y superpuesta, y no sólo las que hemos estudiado en este libro. Los pueblos han concebido y seguirán creando otras formas de organización política.

El pasado de los imperios pone de manifiesto los costes humanos de la arrogancia del poder —ya sea en nombre de un gran líder, de una civilización o de un pueblo—, así como las transformaciones multifacéticas de la vida social que han producido los imperios. Hemos examinado la multiplicidad de formas en que los imperios han incorporado a las poblaciones y han hecho distinciones entre ellas, las consecuencias de mantener a las personas separadas, pero desiguales, o de intentar hacerlas iguales y parecidas. El reto del futuro es imaginar nuevos estados que reconozcan deseos compartidos mayoritariamente de pertenencia política, de igualdad de oportunidades y de respeto mutuo»<sup>164</sup>.

O como afirma Joan Garcés en *aureolar* sentencia final de su libro *Soberanos e intervenidos*: «Desligarse de los imperios, no ser arrastrados hacia ilusiones de contraimperios, es una magna contribución que los pueblos sin vocación de imperio —sin medios para ello— pueden hacer a la paz y libertades propias y a las del conjunto de la Humanidad»<sup>165</sup>.

Una idea *aureolar* cuya realización choca ahora con la realidad, pocas veces democrática, de los países emergentes que constituyen una competencia para los norteamericanos y su expansionismo globalizador, tanto unilineal como multilinealmente. De hecho, frente al idealista final que proponen autores como Burbank, Cooper o Joan Garcés sobre un posible agotamiento de los imperios en la Historia Universal, es mucho más coordinable con el materialismo filosófico la conclusión de John Darwin en *El sueño del imperio*, puesto que explica cómo los imperios han desbordado esa ilusoria «voluntad de poder» y han reorganizado al conjunto de la Humanidad, influyendo notablemente en la Historia Universal. Deja así en entredicho las tesis de Jane Burbank y Frederick Cooper sobre el imperio como resultado de una *hybris* desmesurada, máxime en nuestra época, donde el choque entre Estados Unidos y las potencias emergentes augura una pervivencia secular a los imperios, aunque el imperio norteamericano realmente existente, al igual que todos los que en el mundo han sido, esté condenado a desaparecer. Concretamente, afirma Darwin que: «lo que en la actualidad denominamos “globalización” surge de un conjunto de acuerdos recientes [...] entre los cuatro grandes “imperios” económicos del mundo contemporáneo: Estados Unidos, Europa, Japón y China». Y concluye: «seguimos viviendo a la sombra de Tamerlán; o quizá, para ser más exactos, a la sombra de su fracaso»<sup>166</sup>.

Fecha de recepción: 20-10-2015

Fecha de aprobación: 30-10-2015

(158) Robert D. Kaplan, *op. cit.*, págs. 272 y ss.

(159) Robert D. Kaplan, *op. cit.*, pág. 313.

(160) Robert D. Kaplan, *op. cit.*, pág. 314.

(161) Robert D. Kaplan, *op. cit.*, pág. 335.

(162) Robert D. Kaplan, *op. cit.*, págs. 381-390.

(163) Gustavo Bueno, *La vuelta a la caverna*, pág. 234.

(164) Jane Burbank y Frederick Cooper, *Imperios*, pág. 618.

(165) Joan Garcés, *Soberanos e intervenidos*, pág. 468.

(166) John Darwin, *El sueño del imperio*, pág. 545.